

LA FUNCION SOCIAL DEL ADORNO PERSONAL EN EL NEOLITICO DE LA PENINSULA IBERICA

ISABEL RUBIO DE MIGUEL

Dpt.º de Prehistoria y Arqueología UAM

Resumen

Los objetos de adorno personal tienen un contenido simbólico que puede reflejar aspectos sociales y económicos del grupo humano que los produce. El Neolítico peninsular ofrece en diversas áreas y horizontes un repertorio lo suficientemente amplio como para poder observar cambios en las estructuras sociales de los primeros agricultores que se detectan en la Península Ibérica. Igualmente, es posible constatar a través de los mismos y de los análisis que sobre ellos se han practicado la existencia de redes comerciales que denotan sociedades en principio más complejas. Se sugiere, por tanto, la posibilidad de interpretar el adorno personal como un diferenciador económico y social, integrándolo en el contexto de los distintos grupos neolíticos peninsulares, sin descartar otras posibilidades asimismo significativas.

Résumé

Les objets de parure possèdent un contenu symbolique qui traduit des caractéristiques sociales et économiques du groupe humain que les produit. Le Néolithique péninsulaire en présente, dans quelques moments et dans quelques régions une série suffisamment vaste pour permettre remarquer des changements dans les structures sociales des premiers agriculteurs qu'on trouve à la Péninsule Ibérique. De la même manière, il est possible constater au moyen d'eux mêmes et des analyses qu'on a réalisé sur ces objets, l'existence des réseaux commerciaux qui probablement témoignent la présence de sociétés plus complexes. Ainsi, on suggère la possibilité d'interpréter la parure comme des objets qui marquent des différences sociales et économiques en faisant partie du contexte des divers groupes humains du Néolithique péninsulaire, sans écarter d'autres possibilités aussi significatives.

Resulta evidente que tanto la vestimenta como el adorno personal unen a funciones de carácter utilitario un contenido simbólico que ha sido puesto de manifiesto por diversos autores en repetidas ocasiones. Además, la observación de las pautas de comportamiento de nuestra propia sociedad relacionadas con

los citados aspectos constituyen la mejor prueba de esta afirmación. La defensa contra el frío o la mejora del propio aspecto podrían hallarse, sin duda, en el origen del uso de los vestidos, de la cosmética o del adorno pero posiblemente no fueron las únicas causas. El sentido del pudor, tal como es entendido en nuestra sociedad, parece que muy poco tendría que ver con la utilización de la vestimenta, si nos atenemos a los datos que nos proporciona la Etnografía. A. Hoebel (1973, 278) recuerda la anécdota narrada por el baron von Nordeskiöld quien hubo de vencer con sustanciosas ofertas la resistencia de una mujer *botocudo* para que se decidiera a venderle sus adornos labiales, tras de lo cual corrió a refugiarse en la selva, avergonzada, pese a que durante todo el tiempo que había durado el trato había permanecido completamente desnuda como es habitual entre los componentes de este grupo. Se trata por tanto de una convención artificial y variable si consideramos los hábitos desarrollados en distintos contextos culturales.

El adorno personal de los grupos prehistóricos, agricultores en este caso, que es posible estudiar está representado, naturalmente, por aquel que se ha fabricado a partir de materias primas susceptibles de conservarse en el registro arqueológico. En otras palabras, la pintura corporal, el tatuaje y las deformaciones o mutilaciones decorativas que en ocasiones se practican con riesgo de la propia vida y que formarían parte de ese doble significado aludido al principio (poder mágico presente en las pinturas de guerra, por ejemplo), quedan fuera de nuestro estudio en razón de su propia naturaleza. No obstante, es necesario contemplarlos como una posibilidad bastante verosímil a juzgar por la información de carácter etnográfico que poseemos.

Así pues, aún considerando el contenido relacionado con la mejora del aspecto personal en el que también en la actualidad se invierten tiempo, esfuerzo y dinero en abundancia, se nos plantea otra faceta más del adorno que supondría su uso como diferenciador social.

Tanto el vestido como el adorno responden a una serie de convencionalismos sociales que nos permiten identificar determinadas particularidades del individuo que los lleva, de acuerdo con el código designificados elaborado por la sociedad de la que forma parte. Según éso la persona se verá como un miembro plenamente integrado en ella, es decir correctamente vestido o adornado o, por el contrario, quedará descalificado de algún modo a los ojos de la misma. A través del adorno personal seremos capaces de diferenciar la situación social, el estado civil, la posición económica o incluso la función que el individuo ejerce en la sociedad, siempre y cuando se adecúe al código establecido. El sexo y la edad determinarán también su atavío. Como ejemplo podrían servirnos las distintas deducciones que pueden extraerse en nuestra sociedad del uso de una joya más o menos costosa o del de uno o varios pendientes en una misma oreja, habida cuenta de que este tipo de adorno ha dejado de ser patrimonio del género femenino, por citar casos muy comunes.

Para A. Leroi-Gourhan (1971, 339), paradójicamente "la estética del vestido y del adorno, pese a su carácter puramente artificial, resulta uno de los rasgos de la especie humana más atados al mundo zoológico". Esta misma idea, recogida también por L. Castro (1989-1990, 94), supone que en el grupo zoológico humano la etnia sustituye a la especie. "Todo lo que supone la especificidad de un grupo se opone a la de los grupos extraños, como cada grupo zoológico se distingue de los demás" (Castro, 1989-1990, 94). En ese sentido las prácticas étnicas son fuente de oposición, pero también de unión y de identificación entre individuos que comparten un origen común.

Los grupos sociales, entonces, se identifican por medio de símbolos, emblemas e insignias que ayudan a los individuos a integrarse en los mismos, asumiendo una uniformidad de gestos, fórmulas y ves-

timentas (Castro, 1989-1990, 94). En el mismo sentido, A. Leroi-Gourhan (1971, 339) considera que "el adorno personal es ante todo un valor étnico, de modo que la pertenencia a un grupo es primero sancionada por el adorno vestimentario".

Por tanto, contenido étnico y social se dan la mano en el adorno personal, pero para que estos elementos sirvan como transmisores de información significativa deben ser fácilmente reconocibles o muy estandarizados, tal como hemos puesto de manifiesto. Según L. Castro (1989-1990, 97-98), deberían además ser asimilables con lo que se desea expresar hasta convertirse incluso en sinónimos (la corona en el caso del rey, por ejemplo). Su traducción en los restos materiales a estudiar se hallaría en aquellos lo suficientemente estandarizados en su fabricación y repetitivos en su aparición como para proporcionar una información consistente. Los adornos que constituyeran tipos aislados, extraños en definitiva, podrían tener en principio una interpretación diferente (indicadores quizá de una situación o un status especiales). En ese sentido, convendría señalar que precisamente el status es una de las categorías sociales que puede ponerse de manifiesto claramente a través de dichos objetos (a modo de ejemplo, podríamos recordar que la *Cypraea aurantium* constituye un emblema de autoridad en las jefaturas de las islas Tonga).

La ostentación puede constituir otro significado social más que añadir al adorno. El comercio de materiales considerados preciosos se documenta desde etapas muy antiguas y, casi siempre, con destino a la fabricación de estos objetos. Sin embargo, el concepto de material precioso que solemos emplear es el nuestro, aunque ciertamente cataloguemos también así los que son de difícil obtención, por ejemplo, lo cual constituiría un criterio más universal. Este tipo de adornos mantienen y aumentan el status y el prestigio social. Por otra parte, los adornos en general suelen ser objetos a los que se les asigna un cierto carácter de superficialidad e inutilidad (Castro, 1989-1990, 97), que reforzaría la función anteriormente citada. No obstante, pueden también ser elementos de intercambios con motivaciones políticas y sociales. Veremos en este sentido y en relación con los datos arqueológicos y etnográficos si es posible confirmar algunos de estos planteamientos.

Aún podrían añadirse otros contenidos al significado atribuido al adorno personal, pero de manera primordial podríamos destacar el económico. No se trata en este caso de su empleo como diferenciador únicamente (adorno más costoso=posición social o poder adquisitivo más elevados), sino de su carácter de objeto manufacturado fruto de una especialización artesana más o menos desarrollada o de producto que se intercambia en un trueque de tipo puramente económico, de más o menos envergadura según la complejidad social alcanzada.

No menos interesante sería la relación de estos objetos con el ámbito de la magia propiciatoria o protectora y su uso como amuletos (la *Cypraea annulus* como favorecedora de la fertilidad de la mujer que la porta, entre otros ejemplos), de la religión o del ritual (Gensheimer, 1984), aún cuando sea más difícil su constatación a partir de los restos arqueológicos.

Según éso, la polisemia del adorno personal en cualquier sociedad parece evidente, haciéndose necesaria para su estudio su integración en el contexto social, económico y ritual global de cada una de ellas.

LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LAS PRIMERAS SOCIEDADES AGRICOLAS

Una sociedad neolítica es una sociedad de agricultores y, en concreto, de los primeros agricultores que se detectan en cada área. Por lo mismo se les ha supuesto en principio una estructura social sencilla

que, en todo caso puede presentar matices. Según las clasificaciones ya clásicas de los distintos tipos de sociedad elaboradas por antropólogos, basándose en comunidades vivientes situadas generalmente al margen de la sociedad industrializada, se correspondería con las de carácter tribal (Service) y, en principio, igualitaria (Fried), lo cual podría llevarnos a eliminar de entrada determinadas connotaciones como por ejemplo la de la ostentación por sí misma, considerada de mal gusto por otra parte en las sociedades con estructuras sociales más simples o, también, la referente a un status social relacionado con la acumulación de riqueza que no tendría cabida entre estas comunidades si atendemos a las características establecidas por los citados antropólogos y a pesar de la premisa de que "todo objeto tiene dos funciones: la de ser utilizado y la de ser poseído" (Castro, 1989-1990, 96).

No obstante, las clasificaciones citadas han sido ya objeto de crítica aún cuando no hayan sido sustituidas por otras, en el supuesto de que debieran serlo. La idea es más bien la contraria: dichas clasificaciones resultan excesivamente rígidas, por lo que los casos que no se ajustan a ellas se consideran "anómalos". Por tanto, parece más lógico observar cual es el comportamiento social de cada grupo para poder deducir sin ideas preconcebidas la función real que han podido tener cada uno de sus productos. Ejemplo de estas "anomalías" serían los grupos constructores de megalitos encuadrados en el Neolítico incluso antiguo de determinadas zonas europeas para los que se ha supuesto una organización social más compleja. En todo caso, estos aspectos estarían íntimamente relacionados con el grado de intensificación agrícola y de estabilidad alcanzado.

Podría señalarse de todos modos que una sociedad agrícola supone, en principio, una agregación mayor de personas en un territorio más reducido, lo que haría necesaria una consolidación. Si esta condición puede no cumplirse en los primeros momentos, parece evidente que es posible documentar de forma clara la tendencia a la reducción de la movilidad en los testimonios arqueológicos posteriores. El fenómeno megalítico se ha puesto frecuentemente en relación con cuestiones de esta índole. Las formas asociativas podrían basarse en los grupos de edad, pero también en otros criterios, haciéndose necesarios unos signos distintivos. Surge una primera división en roles en la sociedad, en la que la incipiente diversificación y la especialización juegan un papel importante. Por tanto, rasgos significativos serían la necesidad de mantener o reforzar la cohesión social y la diversidad de formas asociativas en relación con el parentesco algunas de ellas (Service, 1971 y Sahlins, 1977).

Las normas van encaminadas a situar al individuo en un determinado grupo social para delimitar sus obligaciones y derechos. Por otro lado, el status parece haberse basado únicamente en el prestigio personal. El liderazgo (de uno o varios líderes) no es hereditario y se supone que pudo estar asociado a la redistribución y al fomento de la especialización y del intercambio, sin llevar aparejada una posición económica diferenciada. La propiedad sería posiblemente colectiva, aún cuando en opinión de M. Sahlins se detectaría ya una cierta idea de propiedad y territorialidad. Evidentemente, esta idea puede ser compartida por el grupo entero (posiblemente pudo plasmarse en la construcción de megalitos).

Los intercambios tendrían una función más política que económica (bienes de prestigio), o comunicativa (intercambio de información). En estas sociedades como en todas las prehistóricas, por otra parte, se practicarían para adquirir bienes deseables *per se*, para ser utilizados en intercambios posteriores y para expresar la existencia de buenas relaciones. En cualquier caso, se caracterizan por la reciprocidad, tanto los internos como los externos. En general, los productos utilizados en los intercambios con otros grupos suelen ser bienes de prestigio, aún cuando el circuito de circulación de los mismos pueda confundirse en ocasiones con los de subsistencia como ocurre en el comercio del *Kula*. Este sistema descrito por Malinowski

(1922) y sobradamente conocido es un complejo entramado de comercio, magia e intercambio ceremonial desarrollado por los habitantes de las islas Trobriand, dedicados habitualmente a la pesca y a la agricultura. Los principales objetos intercambiados son brazaletes de conchas blancas (*mwali*) y collares de conchas blancas (*soulava*), considerados como joyas de familia o incluso reales, ocasionándose otro intercambio paralelo de productos de primera necesidad (Harris, 1985, 242-244). N. Shackleton y C. Renfrew (Milisaukas, 1978, 86-87) establecieron, por otra parte, un modelo, igualmente conocido, para el intercambio debienes de prestigio en sociedades prehistóricas, en el que se ponían de manifiesto además de algunos aspectos ya señalados, su práctica entre individuos de status elevado, el paso de los mismos bienes en siguientes intercambios, la no utilización de ellos en actividades diarias y su aparición, por regla general, en enterramientos. Por otra parte, la ofrenda al difunto indicaría su status, pero también el del oferente.

Por último, cabría señalar que el prestigio del grupo se basa en la capacidad de destrucción y alienación de bienes (lo que se produce en el momento de la adquisición de prestigio), más que en su acumulación.

No se nos oculta que algunos de estos aspectos están siendo objeto de discusión pero básicamente estas serían, en fin, las cuestiones principales que podríamos contemplar de entrada ateniéndonos a los rasgos definidos para estas sociedades, que podrán *a posteriori* ser contrastadas o no con los datos arqueológicos y en las que no voy a insistir por ser suficientemente conocidas. En todo caso, la interpretación del registro arqueológico deberá hacerse, a mi juicio, básicamente en función de lo que éste nos proporcione.

LA EXPLICACION DE LA NEOLITIZACION PENINSULAR

Ahora bien, ¿cuáles son los argumentos empleados en el momento actual para explicar la neolitización de la Península Ibérica? En esencia se reducirían a la interpretación de los restos arqueológicos defendida por diversos autores como J. Forrea, B. Martí y J. Juan-Cabanilles apoyándose en los datos de la fachada mediterránea, calificada como dual, y al modelo teórico basado en las relaciones entre el cambio tecnoeconómico y la transformaciones de las estructuras sociales defendido por J. M. Vicent partiendo de los presupuestos del materialismo histórico.

En ambos casos, independientemente de sus divergencias de punto de partida, se evidencia la necesidad de contar con unos diferenciadores sociales por parte de los grupos neolíticos y de plantear las características de las relaciones entre los mismos y entre ellos y los que practican la caza y la recolección. A pesar de ser ambos sobradamente conocidos voy a tratar de resumir brevemente sus planteamientos con objeto de establecer cuáles serían aquellos aspectos más estrechamente relacionados con el tema de este artículo.

La primera de las interpretaciones fué formulada originalmente por J. Forrea (1973) recogiendo la herencia de D. Fletcher (1956). En principio, podría calificarse de triple, puesto que, en su opinión, el proceso de neolitización de la vertiente mediterránea peninsular se asentaba sobre la siguiente base:

Las gentes neolíticas de la cerámica impresa cardial cuya industria lítica permitiría distinguir entre lo cardial puro y lo adoptado (básicamente geométricos).

Las gentes del Epipaleolítico microlaminar tipo Mallaetes que pudieron experimentar una fusión con el Epipaleolítico geométrico, manteniendo sin modificaciones su estructura industrial.

Las últimas fases del Epipaleolítico geométrico que sufren una neolitización en todos los sentidos, con una situación interior y serrana, desarrollándose paralelamente al Neolítico cardial puro.

A partir de este primer planteamiento, otros autores, en ocasiones, en unión del mismo Fortea, han matizado y desarrollado esta visión. Así, por ejemplo, B. Martí (1978) concretó en los yacimientos de Or (Alicante) y Sarsa (Valencia) la presencia de los "neolíticos puros" y en el de Cocina (Valencia) las fases del Epipaleolítico geométrico que perduran hasta momentos cercanos al Bronce valenciano, manteniendo siempre esa triple faceta del proceso. Es evidente que únicamente el primer y tercer grupo jugarían algún papel en la neolitización de este área y por extensión de la Península Ibérica. A partir de esta constatación se genera el planteamiento dual.

Con posterioridad, este autor (Martí, 1981, 98) precisa que el llamado "Neolítico puro" "no hunde sus raíces en nuestras tierras", añadiendo a los anteriores los datos proporcionados por yacimientos como Botiquería (Teruel), Costalena (Zaragoza) o la Cueva del Nacimiento (Jaén). De la misma manera, se señala la existencia de estímulos o contactos exteriores en relación con los elementos nuevos que se documentan en el "Neolítico puro", así como con un aumento del número de personas que componen estas comunidades (Martí, 1982, 100). En cambio, J. Aparicio (1982) se muestra partidario de la convergencia como explicación, aún cuando la aculturación esté igualmente justificada, lo mismo que los contactos con los grupos contiguos (Aparicio, 1982, 83). Distingue un período Protoneolítico durante el que se desarrollaría el proceso neolitizador y defiende dos fases sucesivas en el tiempo (en la Cova Fosca de Castellón estaría ejemplificada la segunda), dejando a un lado las dos o tres facies paralelas citadas.

Fortea y el mismo Martí matizan, más adelante (1984-1985, 193) que la neolitización es un caso de desarrollo cultural con múltiples mecanismos, sin que se decanten especialmente por ninguno de ellos. El estudio de la industria lítica de Or y Cocina permitirá a J. Juan-Cabanilles (1985, 29-30), reforzar los argumentos anteriormente expuestos y, junto con los dos autores citados (Fortea, Martí y Juan-Cabanilles, 1987), plantear una vez más esta dualidad de tradiciones considerando en alguna medida la funcionalidad de los útiles. C. Olaria (1986) señaló a este respecto el origen en tradiciones anteriores de todas las facetas que se han distinguido, discrepando de los citados autores en diversas cuestiones por lo que proponía la consideración del horizonte reflejado en Cova Fosca como el de la neolitización, mientras que el visible en Or podría ser un Neolítico pleno (Olaria, 1986, 14-15). Fortea y Martí junto con otros autores (1987, 590) y valorando datos de otra índole, llegaron a la conclusión de que la domesticación se introdujo tardíamente en Cocina (máximo exponente del Epipaleolítico geométrico), desde un foco neolitizador independiente viéndose así reforzados, en su opinión, los planteamientos defendidos. Con posterioridad, ellos mismos se preguntan (Martí, Fortea *et alii*, 1987, 608) si no podría considerarse la zona valenciana como un área nuclear de segundo grado en la que las influencias externas estarían tamizadas por el sustrato. Recientemente, Juan-Cabanilles (1992) ha advertido algunos problemas en cuanto a la constatación de esta interpretación con los datos arqueológicos. La dualidad únicamente sería visible en las primeras fases, mezclándose ambas desde finales del V.º milenio (Juan-Cabanilles, 1992, 266). El origen de los grupos neolíticos podría hallarse en otra región mediterránea próxima, por lo que se trataría igualmente de grupos neolitizados (Juan-Cabanilles, 1992, 265).

Personalmente ya he expuesto con anterioridad las dudas con respecto a esta interpretación dual (Rubio, 1989, 25 y 33). Sin excluir en absoluto la aloctonía de diversos elementos y debiendo suponer por esa misma razón una interacción con el sustrato existente, no aparecen tan marcadamente diferenciados los rasgos de los supuestos grupos indígenas y de los supuestos recién llegados. La aceptación de esta explicación implicaría además la de la llegada de gentes nuevas, pero, en mi opinión, no se aprecia

claramente un aumento demográfico en las áreas señaladas. Por otra parte, los yacimientos que han servido de base a esta interpretación no llegan a la decena, por lo que sería necesario valorar adecuadamente los restantes, no solo en cuanto a la industria lítica, sino también por lo que respecta a los datos existentes sobre economía de producción ya publicados.

Pero incluso la industria lítica debería tomarse en consideración desde el punto de vista de la funcionalidad, habida cuenta de que estaría reflejando actividades distintas diferenciadoras precisamente de esa dualidad observada, tal como ya expusimos en su día (Rubio, 1989, 25). I. Barandiarán y A. Cava (1991, 194-195) revisando esta doble faceta y basándose en la industria lítica de los yacimientos aludidos, concluyen que no se trata de algo tan claramente definido, observando que las diferencias son cuantitativas, de presencia y ausencia, pero sobre todo de proporciones, debiendo considerarse la falta de información sobre ciertos aspectos fundamentales a la hora de establecer distinciones claras.

Ahora bien, incluso si no se acepta en todo o en parte esta interpretación, se pone de manifiesto la necesidad de rastrear diferencias de carácter social incluso en mayor medida que si se defiende la aparición de elementos o de estímulos nuevos a través de contactos entre grupos como parece que pudo ser y no por la llegada de nuevas poblaciones.

El modelo propuesto por J. M. Vicent (1990) parte de determinadas premisas. Básicamente, serían éstas que la dicotomía tradicional entre Epipaleolítico y Neolítico y la formulación evolucionista de la transición a la producción de alimentos no permiten explicar las transformaciones de los modos de vida humanos desde finales del Paleolítico superior hasta los inicios de la metalurgia. Estos cambios implican la aparición de nuevas formas de organización social y un punto de inflexión global en la historia de la humanidad (Vicent, 1990, 243). En el horizonte de las cerámicas impresas cardiales existiría la necesidad de establecer expresiones simbólicas de un cierto número de relaciones sociales, en el marco de contactos entre grupos que posibilitarían la adquisición de las nuevas especies. Esto sería visible en las tradiciones decorativas impresas y en las manifestaciones del arte rupestre relacionadas. En su modelo de circulación de bienes éstas servirían para explicar obligaciones sociales o bien como un medio de acumulación de capital o prestigio social. Parte del "trabajo excedente" se invertiría en estas necesidades (Vicent, 1990, 283-284).

En el periodo postcardial aparece un intercambio a larga distancia que implica transacciones independientes de las obligaciones con los grupos vecinos, así como la existencia de medios de acumulación de valor. Los patrones decorativos de la cerámica, que ya no cumple la misma función social, se regionalizan. La institucionalización de los medios de producción se manifiesta en el registro arqueológico a través del inicio de las prácticas funerarias sistemáticas. Ello permite suponer la constitución de grupos de filiación locales. Es entonces cuando se documenta la aparición de la cultura de los sepulcros de fosa que, en su opinión, coincide con la ocupación de poblados al aire libre en terrenos agrícolas, pudiendo verse aquí la génesis del enterramiento colectivo (Vicent, 1990, 284-285). El cambio se expresa en el paso de grupos que garantizan su subsistencia mediante la movilidad cíclica y la diversificación de la producción a otros que se apropian permanentemente del campo en torno a sus poblados. Estos grupos de residencia se transformarían en linajes locales vinculados a la reproducción de un capital agrario (Vicent, 1990, 288).

El modelo que acabamos de exponer plantea sobre todo cambios de carácter social e ideológico además de los económicos, así como también la relación entre grupos y los sistemas de intercambio. Los contactos entre ellos parecen claros ya que en caso contrario difícilmente podría explicarse esa comunidad de ideas que afectan al mundo simbólico. Las transformaciones que experimentan esos contactos habrán

de ser igualmente visibles en los restos materiales. Pero es en una explicación de esta índole donde tiene cabida comodamente un tema como el que tratamos de desarrollar. No importa que podamos no estar de acuerdo con determinadas cuestiones que entendemos que no se evidencian claramente en el registro arqueológico o, al menos, en el momento propuesto por el autor.

Personalmente, la teoría de la aculturación me ha parecido la explicación más verosímil dados los datos que poseemos para la aparición en la Península de especies y de determinadas técnicas nuevas, sin reducir por ello el proceso a una cuestión simple y unilineal, sino considerándolo más bien como un complejo entramado de nuevas necesidades, respuestas adaptativas distintas, contactos entre grupos y, en definitiva, una multiplicidad de situaciones que coexisten, fundamentalmente en los primeros momentos, y entre las que no es posible soslayar las relaciones entre grupos con economía distinta, hasta la generalización de la agricultura. De hecho la Etnografía nos muestra cómo la línea que separa a los cazadoresrecolectores de los agricultores no siempre es tan nítida. En todo caso, el concepto de interacción podría aplicarse muy bien a las relaciones entre los diversos grupos. El mundo simbólico puede presumirse, consecuentemente, tan rico como diversas son las situaciones aludidas.

Pero, dejando aparte la cuestión de la neolitización que no es en sí misma el objeto de este artículo, resulta evidente la aparente uniformidad que existe en el horizonte de la cerámica impresa, incluso en toda la margen septentrional del Mediterráneo occidental, lo que implicaría contactos en una amplia zona geográfica. No debemos olvidar, sin embargo, que dentro de la misma Península se distingue una esfera cultural distinta: la de la cerámica a la almagra, mucho más restringida geográficamente y que según las nuevas dataciones tendría una elevada cronología. El horizonte epicardial, empleando este término en el sentido general que hace referencia a la desaparición de las decoraciones realizadas con la concha del *Cardium edule*, presenta, en principio, una situación similar, si bien en el exterior se reduce al territorio francés y en la Península comienza a percibirse una regionalización patente en ciertos aspectos. Con posterioridad, en cambio, sí es cierta la aparición de contactos mucho más restringidos desde el punto de vista material y no geográfico, ya que culturalmente la Península se convierte en un mosaico, circunstancia ésta que se repite en el Mediterráneo central. Es entonces cuando se constata la aparición de elementos extrapeninsulares con difusión más definida (cerámica de Chassey, por ejemplo), así como también de productos más especializados (cuentas de variscita) (Rubio, 1989, 31-35). En resumen, los contactos que, originalmente, se establecen a un nivel amplio desde el punto de vista geográfico pero más estrecho desde el social (contactos entre grupos afines), parecen romperse en un momento más avanzado del Neolítico lo que equivale a decir en un horizonte con implantación más firme de la economía productora, pasando a establecerse intercambios más concretos y especializados. ¿Supondría ésto un arraigo mayor al territorio en virtud de un desarrollo también mayor de la agricultura? Si es así igualmente se pondría de manifiesto la necesidad de reafirmar y manifestar la identidad del grupo.

Parto por tanto de la hipótesis de que el adorno puede ser índice en último extremo, en el contexto de los datos materiales, de unas estructuras sociales que provocan la necesidad de una diferenciación en el seno del grupo o con respecto a otros y que este carácter cambiante podría percibirse a través del mismo. En una línea similar y siempre como exponente de esa organización social, podrían igualmente señalar cambios en la economía en relación con el desarrollo de las actividades artesanas o, incluso, en la función que ellos mismos desempeñan en los diversos contextos. Sin embargo, no se intenta realizar un estudio exhaustivo que excedería de los límites de un simple artículo. Solamente se pretende dejar planteadas las

cuestiones a que vengo aludiendo, fruto de la reflexión sobre distintos aspectos del proceso de neolitización peninsular, teniendo presente que no constituyen las únicas interpretaciones que pueden sugerirse, así como señalar las posibilidades que ofrece un estudio de esta índole. Me he referido fundamentalmente a la vertiente mediterránea por ser la que permite el exámen de un mayor número de datos, además de contar con estratigrafías y cronologías absolutas a que referirlos. Por tanto, esta zona debería ser, en teoría, la que proporcionara más que otras la constatación del carácter repetitivo o de excepcionalidad que puede arrojar alguna luz sobre la función que en mi opinión pueden tener los objetos de adorno personal.

Si en otros casos puede no situarse en un primer plano la cuestión cronológica para la resolución de problemas, en éste sí resulta esencial tratar de establecer una contemporaneidad de los horizontes que nos proponemos estudiar, aún cuando naturalmente la misma no pueda ser determinada de una forma puntual. ¿Podríamos de otro modo percibir la necesidad de una diferenciación entre grupos o el carácter que revisten los intercambios, por ejemplo?

De entrada, la presencia del adorno, numeroso o no, variado o repetitivo, supone ya una novedad con respecto al Epipaleolítico. No obstante, también en este aspecto podremos introducir algunas precisiones. Es sobradamente conocida la proliferación de elementos de adorno en el Paleolítico superior, incluso desde contextos Auriñacienses, como puede comprobarse en la zona cantábrica. La revisión de colecciones antiguas pertenecientes a estos mismos momentos procedentes de yacimientos franceses delatan igualmente este mismo florecimiento, así como también las técnicas empleadas en su fabricación (White, 1993). Ni que decir tiene que esta abundancia se mantiene a lo largo de todo el periodo aunque puedan apreciarse oscilaciones en los diversos horizontes paleolíticos finales. Sin embargo, del mismo modo que el contenido simbólico que entonces se manifestaba en el arte se canaliza en el Epipaleolítico a través de otras formas de expresión, igualmente el adorno experimenta una reducción que puede, no obstante, ser más aparente que real. Con todo, la cuestión reside en definir qué entendemos por elemento de adorno para poder buscar entre los materiales arqueológicos aquellos que, en principio, puedan tener este carácter. Parece claro que se trataría de aquellos objetos cuya función no hubiera sido utilitaria para su portador más que en un sentido social de muy variado carácter como los que hemos venido exponiendo o simbólico (mágico o religioso).

Una vez más deberemos enfrentarnos a la pérdida de información que supondrán nuestras limitaciones para detectar estos contenidos en algunos objetos, además claro está de la destrucción de otros.

EL AREA CATALANO-ARAGONESA

Los datos procedentes del Epipaleolítico peninsular son escasos pero no inexistentes y no tendrían por qué haber sido los únicos.

En el área catalana ha podido constatarse en algún yacimiento de reciente excavación como el de la Font del Ros (Barcelona) la presencia de conchas marinas perforadas (*Columbella rustica* y *Dentalium*) en un contexto epipaleolítico (Terradas, 1992). Cabe recordar que la distancia de este yacimiento a la costa es de más de 100 km.. Este hallazgo resulta coincidente con otros de la zona andaluza que atestiguan casos similares.

Los elementos pertenecientes a las diferentes etapas del Neolítico de Cataluña que conocemos se reflejan, sin ánimo de exhaustividad en el Cuadro 1, por lo que me limitaré únicamente a hacer determi-

nadas precisiones. Por lo que respecta al Neolítico antiguo, la especie utilizada para la fabricación de brazaletes fué el pectúnculo, mientras que las conchas perforadas pertenecían fundamentalmente a *Columbella rustica* L., *Cardium* y *Dentalium* (Rubio, 1985, 224 y Martín, 1991, 320). Los denominados "discos" pueden interpretarse como cuentas de collar, de pulsera, pero también como colgantes. Esta es una distinción que entraña una cierta dificultad puesta de manifiesto por la mayoría de los investigadores que han estudiado otros objetos semejantes en las diversas áreas aquí citadas.

CUADRO 1. Area Catalana

ADORNO		EPIPALEOLITICO	N. CARDIAL	EPIC./POSTC.	S. DE F.	VEREZ.
CONCHA	Conchas p.	•	•	•	•	•
	Cuentas					•
	Discos = C. disc.		•	•		
	C. tipo almendra			•		
	C. tipo Animes			•		
	C. tipo pondus			•		
	Brazaletes		•			•
	Piezas dentarias p.		•		•	
HUESO	Placas				•	
	Colgantes				•	•
	Cuentas					•
	Anillos		•			
ARRAIDA	Cuentas					•
	Discos = C. disc.					
	(calcita)		•		•	•
	C. cilind.					•
	C. disc.					
	C. cilind.				•	•
	C. tonelete					•
	C. colgante			•		
	C. oliva				•	
	C. tonelete				•	
	C. disc.				•	
	C. turquesa				•	
	C. disc. (pizarra)				•	
	C. disc. (magnetita)				•	
	C. lignito					•
PIEDRA	C. alas					•
	Botón Dufourt					•
	C. ámbar					•

Dejando a un lado las disquisiciones terminológicas (Epicardial o Postcardial con distintas facies), en el Neolítico que representa la evolución del de la cerámica impresa cardial no se aprecian variaciones en la cultura material (Rubio, 1985, 229 y Martín, 1991, 322). Sin embargo, por lo que respecta al adorno, podría señalarse el hallazgo de lo que parecen ser sendos depósitos asociados, al menos en uno de los casos, a contextos funerarios. La Cova de Els Lladres (Barcelona) proporcionó dos vasijas con decoración incisa de tipo epicardial procedentes de un nivel en el que se hallaron varios esqueletos (Ten, 1979). Con posterioridad se obtuvo una datación radiocarbónica: 3380 b.c. (4415 a 3875 a.C.) que A. Martín (1992, 324) estima adecuada puesto que, una vez analizadas algunas de las cuentas halladas en el interior de una de las vasijas, han resultado estar fabricadas en variscita procedente de Can Tintorer, por lo que sería coincidente con la fase más antigua del yacimiento minero. Las cuentas eran de variados tipos, fundamentalmente cuentas-colgante de tipo "almendra" (25), cuentas de collar discoidales sobre *Cardium edule* (1856) y las cuentas-colgante de variscita (139) (Ten, 1982, 140-141) que constituyen el elemento diferenciador de este yacimiento con respecto al segundo de similares características y en el que se repiten los otros dos tipos. La Cova de les Animes (Barcelona) había proporcionado ya en los primeros trabajos llevados a cabo en los inicios de la década de los sesenta un repertorio de estos elementos que consistía en 25 cuentas de tipo "almendra", 3400 de las discoidales de *Cardium* (algunas de las cuales se hallaban en proceso de fabricación), 3 cuentas-colgante de concha del denominado tipo *pondus* y 18 cuentas-colgante de concha del tipo "Animes" en las que podía variar el número de perforaciones (3, 4 ó 5) y que representaban el elemento distintivo de este yacimiento. Por otra parte se documentaba alguna concha perforada (Ten, 1992, 139) (Figura 1, 2).

Posteriormente, en nuevos trabajos volvieron a hallarse los mismos tipos más uno de forma triangular, valvas de *Cardium* sin modificar, así como discos recortados sobre las conchas de este mismo molusco preparados para fabricar las discoidales. Este dato, más alguno de los anteriormente citados permitirían distinguir este yacimiento del anterior en el que parecen haber constituido algún tipo de ajuar, resultando evidente que en Les Animes se hallaría un taller de producción de estas cuentas. Si lo era para sí mismo o también para otros lugares parece difícil de afirmar dado lo común de la materia prima empleada. Por otro lado, sería preciso conocer la difusión de los tipos más específicos.

Sin duda alguna los elementos más significativos en este momento son las cuentas de variscita características de los sepulcros de fosa catalanes que corresponderían al Neolítico medio de las sistematizaciones más recientes, pero que podrían prolongarse en el tiempo hasta los momentos finales a juzgar por determinadas dataciones y por el hallazgo de metal en alguno de ellos. Estas cuentas habían sido ya estudiadas por A. M.^a Muñoz (1965) en el conjunto de los materiales de la citada cultura. En aquel momento la denominación de calaita para la materia prima era la más común, encontrándose sus paralelos en el mundo megalítico del País Vasco y de Francia, fundamentalmente. La misma autora apuntaba que los sepulcros de la zona del Vallés denotaban una mayor riqueza, precisamente por los grandes collares de calaita de sus ajuar. Esta prosperidad se debería a una mayor facilidad en el cultivo del suelo o por la actividad comercial propiciada por la red fluvial de la zona. No se planteaba, en todo caso, como tampoco ahora una asociación con determinados tipos de sepulcros. Posiblemente, las circunstancias de buen número de hallazgos no lo permitían. Las cuentas presentaban también varios tipos: de oliva, tonelete más o menos cilíndrico y discoidal. Su carácter no solo de elementos de collar, sino también de brazaletes y arracadas ha sido puesto de manifiesto por M. Llongueras (1981, 166), basándose en ejemplos

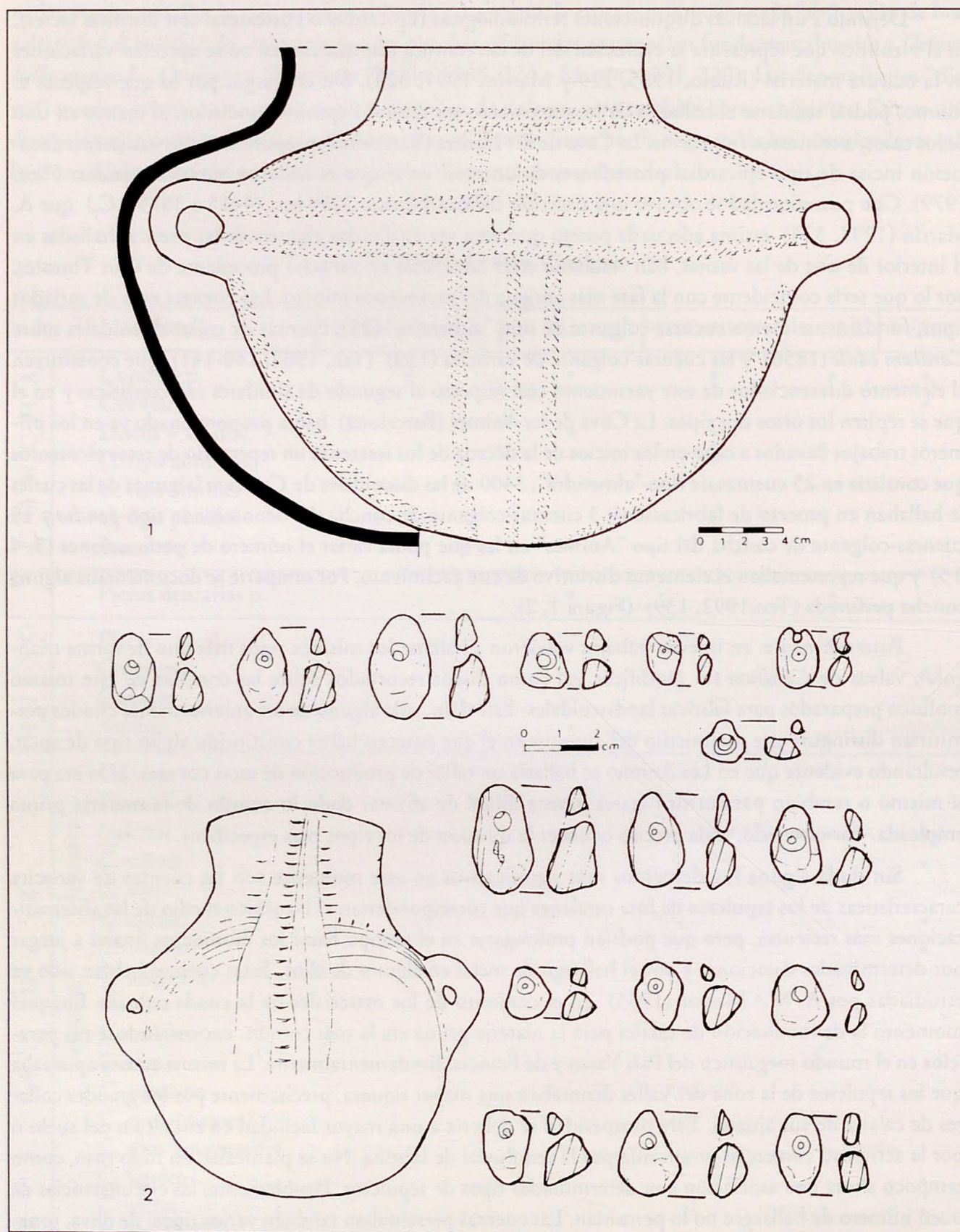


Figura 1. Vasija de Vila-Real (Castellón) (1) y vasija y cuentas de variscita de Els Lladres (Barcelona) (2) (Olaria, 1977, 297 y Ten, 1979, figs. 3 y 4)

concretos. La asociación con el mundo funerario parece fuera de toda duda y se pone de manifiesto igualmente en otros casos (Fernández y Pérez, 1988). No constituyen tampoco el único elemento de adorno, como puede verse en el Cuadro 1, pudiendo destacarse del resto que, para M. Llongueras (1981, 166), las defensas de jabalí, siempre en número de dos, podrían considerarse pendientes, ya que en algún caso aparecen cerca del cráneo. En este mismo sentido y, no solo en esta cultura y en este área concreta, determinados punzones de hueso se han interpretado como agujas para el pelo o bien como sujeción de alguna estera u otro elemento que pudiera envolver el cadáver. A mi modo de ver en uno y otro caso su función no encajaría exactamente con la del adorno, por lo que no se considerarán en este artículo.

A. M.^a Muñoz (1965, 248-260) fué la primera en realizar un estudio en profundidad sobre la materia prima, llegando a la conclusión de que podía tratarse de variscita. Posteriormente, otros autores se ocuparon del tema por lo que remito a los mismos a quien pueda estar interesado en la historia de las investigaciones (Chantret, Guilaine y Guillemont, 1970, Sacchi, 1970, Fernández y Pérez, 1988 y Edo, Villalba y Blasco, 1992, 361). La sospecha de que bajo el término calaita podían ocultarse materiales de diversa índole puso de manifiesto la necesidad de realizar análisis que permitieran determinar este punto, pero también precisar la fuente de origen y, de ese modo, poder establecer eventuales redes comerciales.

El hallazgo y posterior excavación de las galerías mineras de Can Tintorer (Barcelona) (Villalba et alii, 1986) fueron definitivos en este aspecto. La extracción se orientaba a la obtención de variscita, lidita y ocras de una amplia gama de tonalidades. La constatación de un trabajo especializado no solo extractivo, sino también de manufactura de las cuentas "in situ" permitió sugerir una estructura social más compleja para los grupos de esta cultura. Los autores (Villalba et alii, 1986, 197) supusieron un esfuerzo y una organización colectivos, si bien dudaban de una dedicación exclusiva, que implicaría además la aparición de otras industrias subsidiarias. En todo caso, la estancia de los trabajadores de las minas debió ser prolongada como demuestran los restos de alimentación y el hecho de que algunas minas ya amortizadas se utilizaran para enterrar a los muertos (Villalba et alii, 1986, 198).

Con posterioridad se ha analizado un número considerable de cuentas (83) y también de materias primas de distinta procedencia, lo que ha permitido concluir que en Can Tintorer el material predominante era la variscita (Edo, Villalba y Blasco, 1992, 363). No se trata de un mineral abundante y parece que de los yacimientos existentes en Europa suroccidental únicamente éste se explotó en época prehistórica. Todos estos datos han sido concluyentes a la hora de delimitar su distribución (Figura 2) que alcanza hasta la Cueva del Moro (Huesca), Andorra (Feixa del Moro en un contexto también sepulcral) y hacia el sur a distancias superiores a 200 km.. La posición del yacimiento con respecto a las vías naturales facilitaría su difusión, aún cuando la densidad de los hallazgos sea desigual (Edo, Villalba y Blasco, 1992, 366). Se señala de nuevo una mayor riqueza en el Vallés, también en el Solsonés, pero no hacia el sur. Evidentemente, este hecho debería ponerse en relación con la densidad de los propios sepulcros, así como también con las características de las distintas facies (¿está presente esta materia prima en los sepulcros megalíticos más antiguos?).

Son interesantes las conclusiones de carácter social que se extraen de los hechos expuestos (Edo, Villalba y Blasco, 1992, 367). Para los autores se trataría de auténticos objetos de lujo y quizá de valores de cambio. La explotación duró más de un milenio (dataciones desde 3400 a 2360 b.c.) lo que apoya la estructuración más compleja y la solidez de esta sociedad. Pudieron constituir signos diferenciadores del status habida cuenta de la no aparición de variscita en todo los sepulcros y también que las diferencias

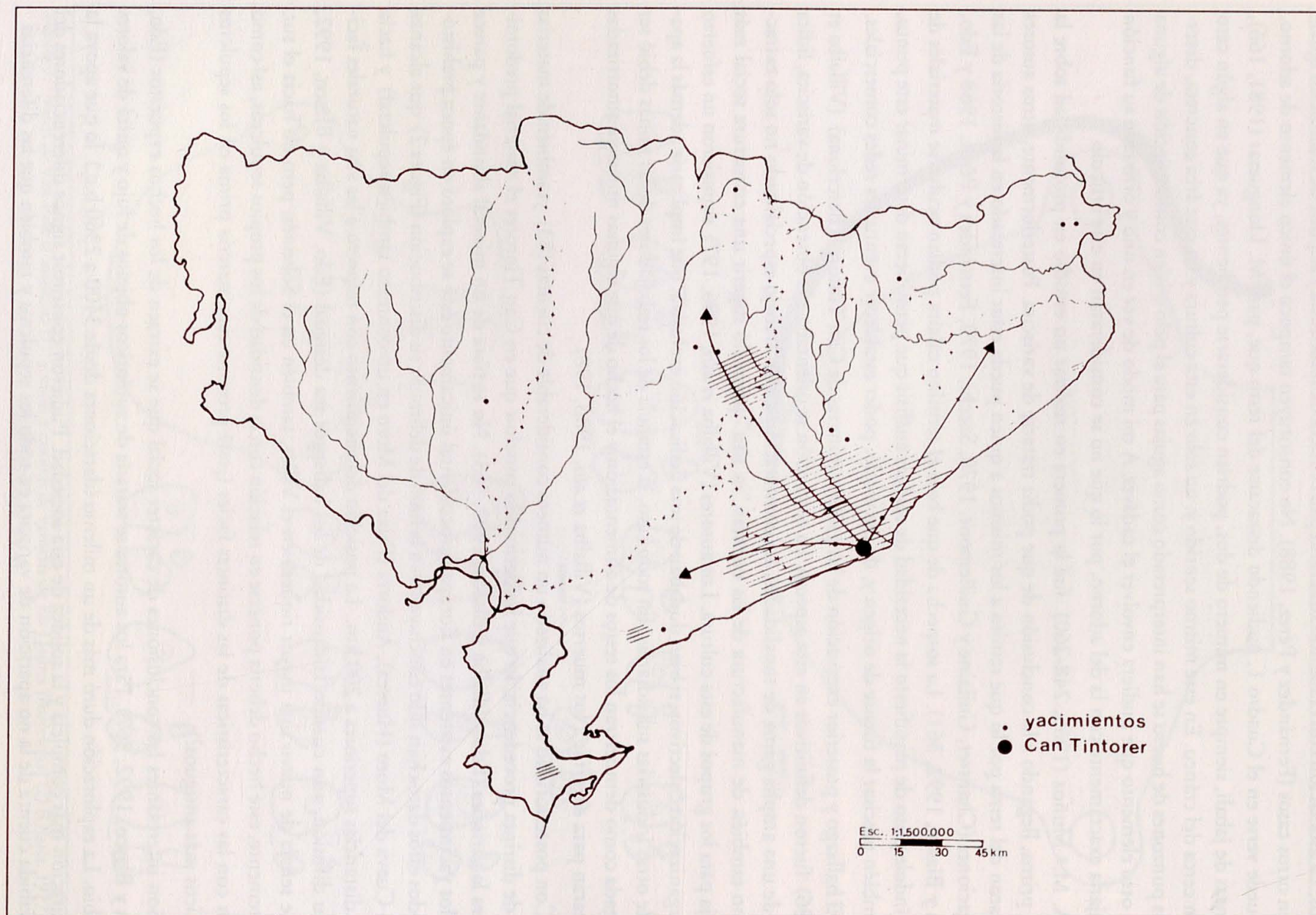


Figura 2. Mapa de Cataluña que muestra el área de difusión de los sepulcros de fosa, la localización de los yacimientos con cuentas de collar procedentes de Can Tintorer y la señalización de los tres ejes de la red comercial de la variscita procedente de este yacimiento minero (a partir de Edo, Villalba y Blasco, 1991, figs. 2 y 3)

pueden alcanzar a los enterramientos incluso infantiles. Por otro lado, no todos los collares tienen el mismo número de cuentas. Faltaría conocer no obstante otras diferencias de carácter técnico, tipológico o mineralógico, así como su asociación con otros elementos de lujo. Por otra parte, restaría por determinar si las encontradas en Portugal o sur de Francia (Aude y Rosellón) tienen el mismo origen (Villalba et alii, 1986, 56), lo cual nos permitiría reforzar la sensación de sociedad incluso jerarquizada que los autores sugieren.

El Neolítico Final según las recientes sistematizaciones estaría representado por el llamado Grupo de Veraza que, cronológicamente puede situarse a partir del 2500 a.C. (a partir del 2200 con la aparición del campaniforme internacional se hablaría ya de Calcolítico) (Martín, 1992, 396). Sin embargo, el escaso número de yacimientos veracienses "puros" (en los demás se detecta exclusivamente la presencia de los materiales característicos junto con otros distintos), la coincidencia con grupos distintos, el hallazgo en los correspondientes franceses de oro y la existencia en el registro material de puntas de flecha de sílex con pedúnculo y alas podrían plantearnos su consideración como pertenecientes ya a un mundo posterior. Precisamente, parece que los elementos de adorno presentan un abanico de materias primas y de tipos más amplio (hueso, concha, rocas duras y blandas, lignito, ámbar y esteatita), además de alguno claramente importado (el botón Dufourt y la cuenta de alas) (Martín, 1992, 391). De la misma manera, la gama anterior prácticamente desaparece, lo cual resulta especialmente llamativo por lo que respecta a la variscita que no se halla en el registro arqueológico correspondiente a estos grupos.

El área aragonesa, especialmente conectada con la catalana (Cuadro 2), cuenta con escasos datos que puedan referirse a una estratigrafía segura a excepción de los procedentes de la Cueva de Chaves

CUADRO 2. Área Aragonesa

ADORNO		EPIPALEOLÍTICO	NEOLÍTICO CARDIAL	EPIC./POSTC.
CONCHA	Conchas p.			•
	Cuentas		•	
	C. disc.			•
HUESO	C. disc.			•
	Anillos		•	
PIEDRA	C. variscita			•
	C. disc.			•
	Bola calcita			•

(Huesca). Este yacimiento ha permitido constatar la existencia de adornos fabricados sobre hueso (anillos, por ejemplo), piedra y concha (cuentas de collar), además de conchas marinas y piezas dentarias perforadas (Baldellou et alii, 1989, 16). Así pues, parece claro que los objetos hallados parecen responder a tipos similares a los citados anteriormente. Sin embargo, en el horizonte Epicardial en el que aparentemente el adorno es también importante es difícil aquilatar en qué medida y cuál es la evolución que experimenta. En cualquier caso, se encuentran elementos de este tipo, al parecer abundantes, en yacimientos

como la Cueva del Forcón (Huesca) en lo que parece haber sido un contexto sepulcral. Es preciso recordar en este punto que en uno de similares características fueron halladas las cuentas de collar variscita de la Cueva del Moro (Huesca) (Baldellou et alii, 1989, 17-19). Igualmente, en la Espluga de la Puyascada se encontraron cuentas de collar discoidales de piedra, hueso y concha. Con todo, en ocasiones las precisiones sobre los materiales de los yacimientos citados han de hacerse con criterios puramente tipológicos, ya que debido a la ausencia de estratigrafías la correcta atribución a distintos horizontes culturales posteriores al de la cerámica impresa cardial es difícil de efectuar de manera fiable.

EL AREA VALENCIANA

En el área valenciana, los objetos de adorno (Cuadro 3) han sido estudiados de manera pormenorizada en el caso de la Cova de l'Or (Alicante) y en el de la Cueva de la Sarsa (Valencia), fundamentalmente para el Neolítico antiguo. Estos estudios, en parte sobre materiales hallados en antiguas excavaciones, no siempre especifican con claridad la perduración a lo largo de los distintos momentos constatados en las estratigrafías.

En el yacimiento alicantino los adornos fabricados sobre conchas, bien únicamente perforadas para ser utilizadas como colgantes o transformadas en cuentas discoidales corresponden mayoritariamente a especies marinas (*Columbella rustica*, *Conus mediterraneus*, *Luria lurida*, *Dentalium sp.* y *Pectunculus*), aún cuando también se utilicen algunas fluviales (*Gibberula miliaria* y *Theodoxus fluviatilis*).

Los colgantes fueron fabricados sobre piezas dentarias o sobre otros soportes (escasamente en cerámica). En algún caso, se trata de imitar en materiales diferentes las piezas dentarias. Los colgantes de hueso triangulares parecen corresponder al Neolítico final (Vento, 1985).

Los anillos de hueso se realizaron mayoritariamente en restos de ovicápridos o ciervo, pero también sobre tibias de ave. Dado lo reducido de su tamaño se ha supuesto su carácter de colgantes. Tanto los fabricados en concha como en hueso aparecen en ocasiones teñidos de ocre. Este tipo de adorno, por ejemplo, perdura en el Neolítico medio (Vento, 1985).

Por lo que respecta a los brazaletes (o tobilleras) cabría resaltar que los más anchos están decorados con incisiones al estilo de los andaluces, pero de todos modos son escasos. Algunos presentan perforaciones que sugieren su disposición en dos mitades. B. Martí (1987, 56) defiende, dado el tamaño regular de los hallados en Or y Sarsa, la existencia de una producción normalizada para la que habría talleres especializados en otros lugares.

En general puede decirse que los elementos de adorno encontrados en Or y Sarsa responden a tipos comunes. Como observaciones generales puede indicarse la desaparición de los anillos en el Neolítico Final, el aumento de las piezas fusiformes y la rarificación de los brazaletes de mármol o pizarra en este mismo periodo (Martí, 1985, 31) (Figura 3).

En Vilarreal (Castellón) se halló una vasija conteniendo cuentas de collar discoidales en número elevado (unas 2000 cuentas). El recipiente estaba decorado con impresiones a peine rellenas de pasta blanca. El paralelismo con Els LLadres resulta evidente, suponiéndose también una cronología posterior a la de la cardial, pero posiblemente no neolítica final como se ha sugerido (Olaria, 1977). La misma

autora (Olaria, 1977) lo interpreta como un escondrijo que podría estar destinado después a ofrenda funeraria (Figura 1, 1).

CUADRO 3. Area Valenciana

	ADORNO	EPIPALEOLITICO	N. CARDIAL	N. EPICARD.	N. AVANZADO/FINAL
CONCHAS	Conchas p.		•		
	C. ovaladas		•		
	C. disc.		•		
	C. semiesf.		•		
	Colgantes				•
	Anillos		•	•	
	Brazaletes				•
	Piezas dentarias		•		
UESO	Colgantes		•		
	Col. triangular				•
	Cuentas		•		
	C. cilind.		•		
	C. anular		•		
	Discos = c. disc.		•		
	Anillos		•	•	
	Piezas fusiformes		•	•	•
PIEDRA	Cuentas		•		•
	C. ovalada			•	
	Colgantes		•		
	Anillos		•		
	Brazaletes pizarra		•		
	Brazaletes calcita		•		
	Brazaletes mármol				•
	Brazaletes esquisto		•		
	Colgantes cerámica		•		

En el Eneolítico perduran exclusivamente los brazaletes de piedra decorados y no decorados, las conchas y los colmillos perforados, las cuentas discoidales y los brazaletes de pectúnculo, apareciendo en cambio una amplia gama de nuevos adornos (Bernabéu, 1979).

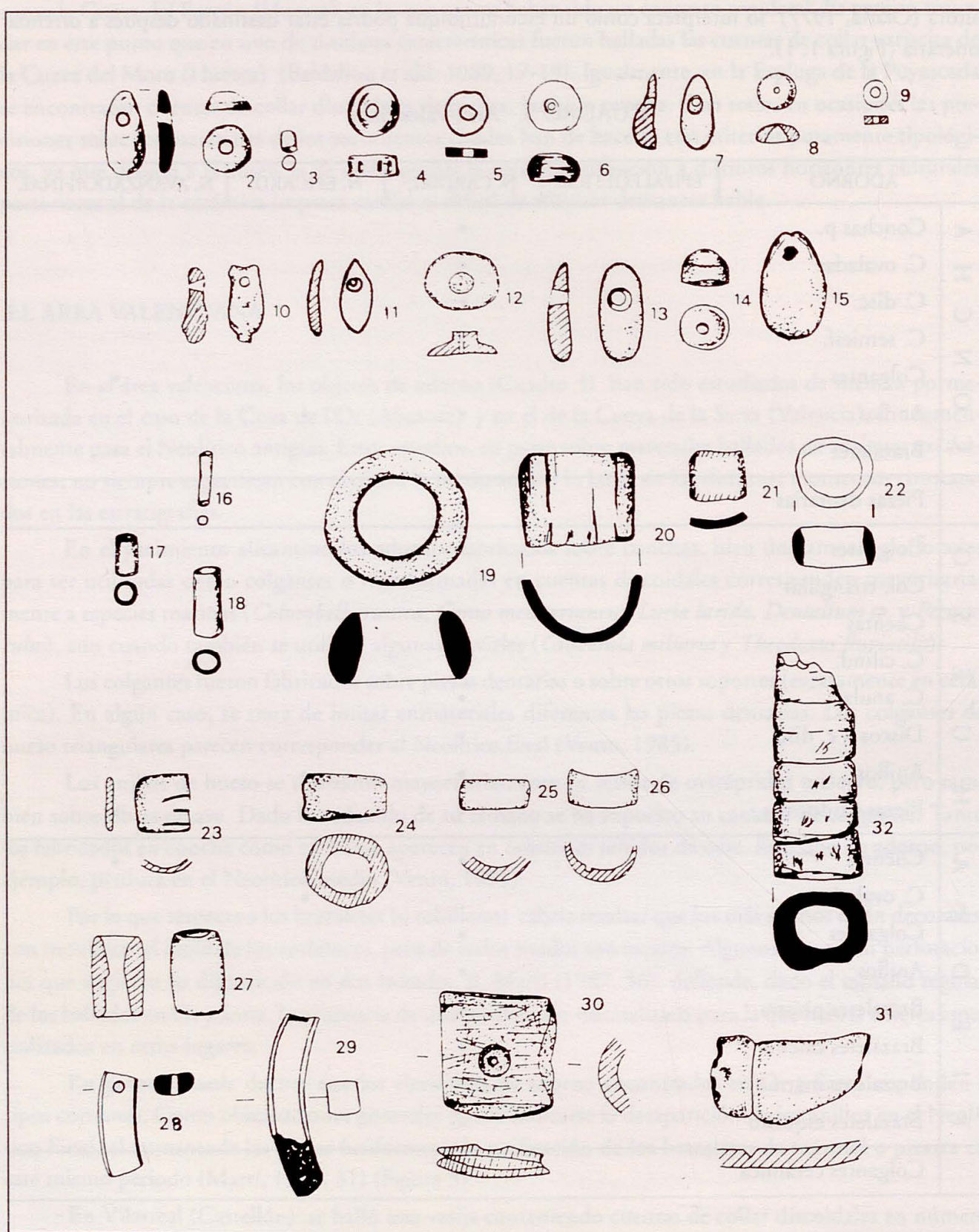


Figura 3. Objetos de adorno del Neolítico valenciano: cuentas de concha (1-15), canutillos de hueso (16-18), anillos de concha y hueso (19-29), fragmento de hueso perforado (30) y huesos para la fabricación de anillos (31-32) (Martí, 1977, figs. 2, 6, 9, 12 y 19 y 1980, figs. 6, 9, 10, 11, 17, 19, 20, 21, 22, 23 y 25)

EL AREA ANDALUZA

Por último, debemos referirnos a la región andaluza no sin antes hacer constar las dificultades existentes en cuanto a cronología, pero sobre todo las ocasionadas por la ausencia de estratigrafías. Los elementos de adorno y su distribución según los diversos horizontes neolíticos pueden verse en el Cuadro 4. Esta zona es la que permite extraer menos conclusiones, especialmente por lo que se refiere al Neolítico antiguo. En otras ocasiones, las noticias son contradictorias, ya que mientras que los datos manejados aquí indicarían a nuestro juicio una clara abundancia de elementos de adorno en el Neolítico final, otros autores señalan un fuerte descenso de los mismos en todos los yacimientos de Andalucía (Gavilán, 1987, 732-733). No obstante, esta situación puede verse paliada en breve por las investigaciones en curso.

CUADRO 4. Area Andaluza

ADORNOS		EPIPALEOLITICO	N. ANTIGUO	N. MEDIO	N. FINAL
CONCHA	Conchas p	•	•	•	•
	Cuentas			•	•
	C./Colg. alips.			•	•
	Anillos		•		
	Brazaletes				•
	Piezas dentarias p.				•
HUESO	Colg./C.		•	•	
	Colg./C. elip.			•	•
	Anillos		•	•	
PIEDRA	Cuentas			•	
	C. calcita			•	•
	C. elips.			•	•
	C. calcita trapezoidales		•		
	C. ovalada				•
	C. cilínd.				•
	C. rectang.				•
	C. redondeadas				•
	Brazaletes pizarra		•	•	•
	Brazaletes calcita		•	•	•
	Brazaletes mármol		•		

M.^a S. Teruel (1986) realizó un estudio de conjunto de carácter tipológico para Andalucía oriental, centrado fundamentalmente en tres categorías de adornos: brazaletes, cuentas o colgantes y anillos. La mayor abundancia se documenta en determinadas áreas de la provincia de Granada y en la costa de Málaga. Por lo que respecta a los brazaletes, los estriados son los más característicos del Neolítico andaluz, estando en ocasiones decorados con ocre rojo (Teruel, 1986, 14) y siendo los más importantes cuantitativamente hablando. También algunas cuentas o colgantes se hallan teñidas de rojo (Teruel, 1986, 20) (Figura 4).

Desde el Paleolítico superior se documentan las conchas perforadas para ser utilizadas como colgantes, aún cuando naturalmente varían las especies representadas a causa de los cambios climáticos (*Glycymeris violacescens*, *Conus mediterraneus*, *Columbella rustica*, *Buccinum undatum*, *Trivia europea*, *Luria lurida*, *Cardium edule*, *Dentalium*, *Cerithium vulgatum* y *Theodoxus fluviatilis*, en el caso del Neolítico).

Es interesante resaltar que se hace referencia en un contexto del Neolítico medio-final de la Cueva de los Murciélagos de Albuñol a la existencia de una pulsera de cuentas de calaita (López, 1980, 172). Dado que no se ha practicado ningún tipo de análisis, nos abstenemos de establecer ninguna relación con los restos del noreste peninsular.

La relación de los hallazgos de elementos de adorno en el área andaluza con contexto funerarios resulta evidente. Cabría señalar los casos de la Cueva del Agua (Granada) donde aparecieron tobilleras y colgantes asociados a un enterramiento en fosa (Pellicer, 1967), la Cueva del Hoyo de la Mina (Málaga) en la que se hallaron junto con enterramientos o sólo brazaletes estriados y varios collares (Such, 1920), la propia Cueva de Nerja (Málaga) con un enterramiento doble con cuentas de collar de concha (González-Tablas, 1990, 62), la Cueva del Hundidero-Gato (Málaga) (Mora-Figueroa, 1976) o la Cueva de Pecho Redondo (Málaga) (Posac, 1973) (Figura 5). Resulta doblemente interesante valorar la presencia de estos objetos con el mundo funerario, habida cuenta de complicado ritual que parece percibirse en algunos yacimientos andaluces (Jimenez, 1990 y Rubio, 1990).

UNA INTERPRETACION DE LOS DATOS

Como ya tuve ocasión de señalar al principio, el repertorio de objetos de adorno pertenecientes a contextos epipaleolíticos es bastante restringido, a juzgar por aquellos que podemos reconocer como tales. Las conchas constituyen el único elemento al que puede atribuirse este carácter. En todo caso, las procedentes de especies marinas serían útiles para determinar contactos costero-interior pero también podrían sugerir distintas funciones al igual que en otras etapas como veremos. Podríamos pensar, según eso, que los grupos epipaleolíticos no desarrollaron especialmente esta faceta, pero también que los contenidos expresados por los adornos se canalizaron a través de otros objetos o por cauces distintos. Estas mismas preguntas son las que cabe plantearse en el caso del arte. ¿Responde esta diferencia a distintos modos de organización de los grupos epipaleolíticos por comparación con los paleolíticos superiores? Si admitimos esta premisa, entonces podríamos pensar que idéntica situación se produce con respecto a los neolíticos.

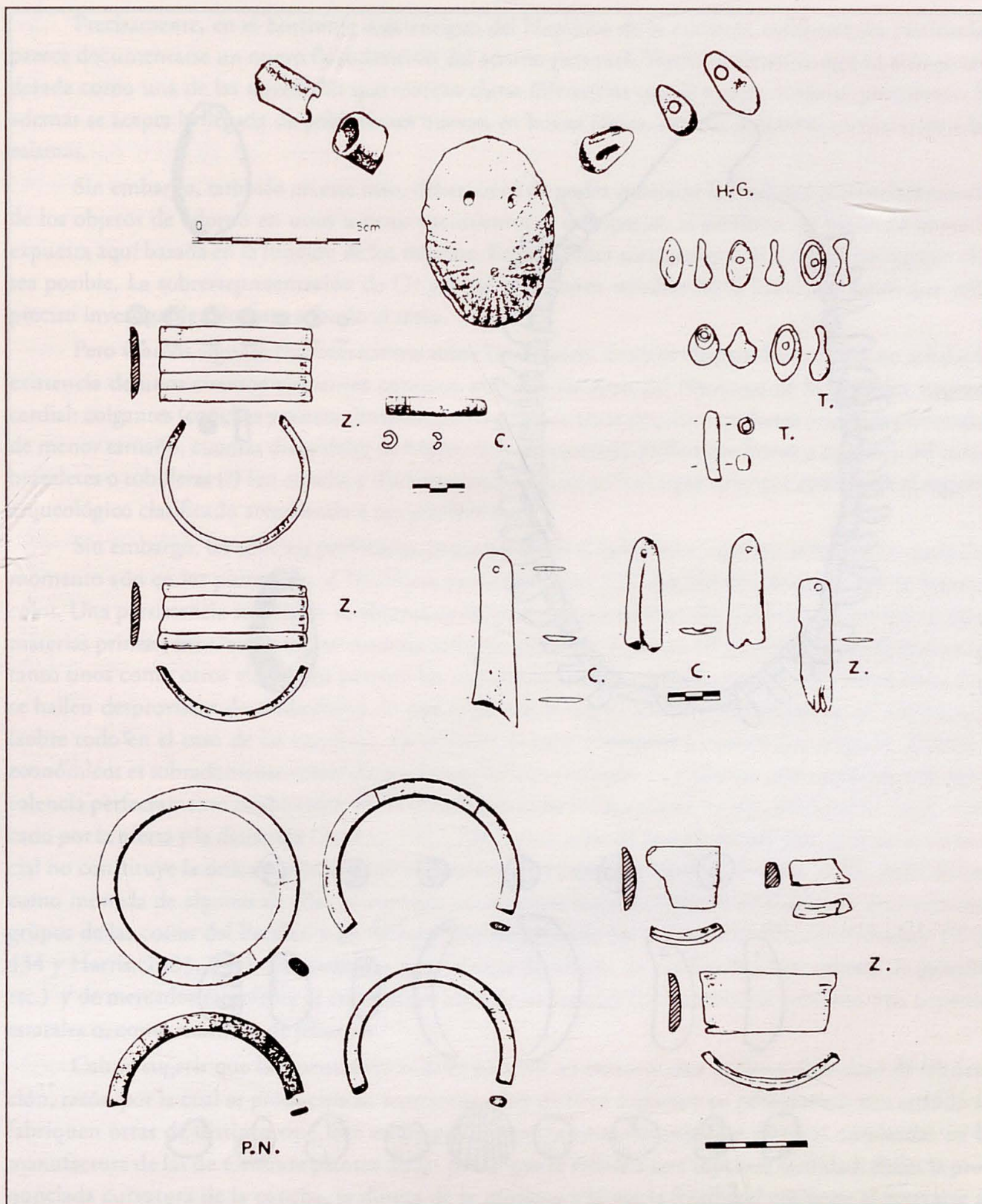


Figura 4. Elementos de adorno del Neolítico andaluz (I) : cuentas de collar de la Cueva de Hundidero-Gato (H.-G.), cuentas de collar de la Cueva del Tesoro (T.), brazaletes de Zuheros (Z.) y de la Cueva del Agua de Prado Negro (P.N.) y tubo y peines de hueso de Carigüela y Zuheros (Mora-Figueroa, 1976, 99-106; Navarrete, 1976, lám. CCCLXXIV; Idem y Capel, 1979, fig. 4; Salvatierra, 1980, figs. 1 y 5 y Vicent y Muñoz, 1973, figs. 17-30)

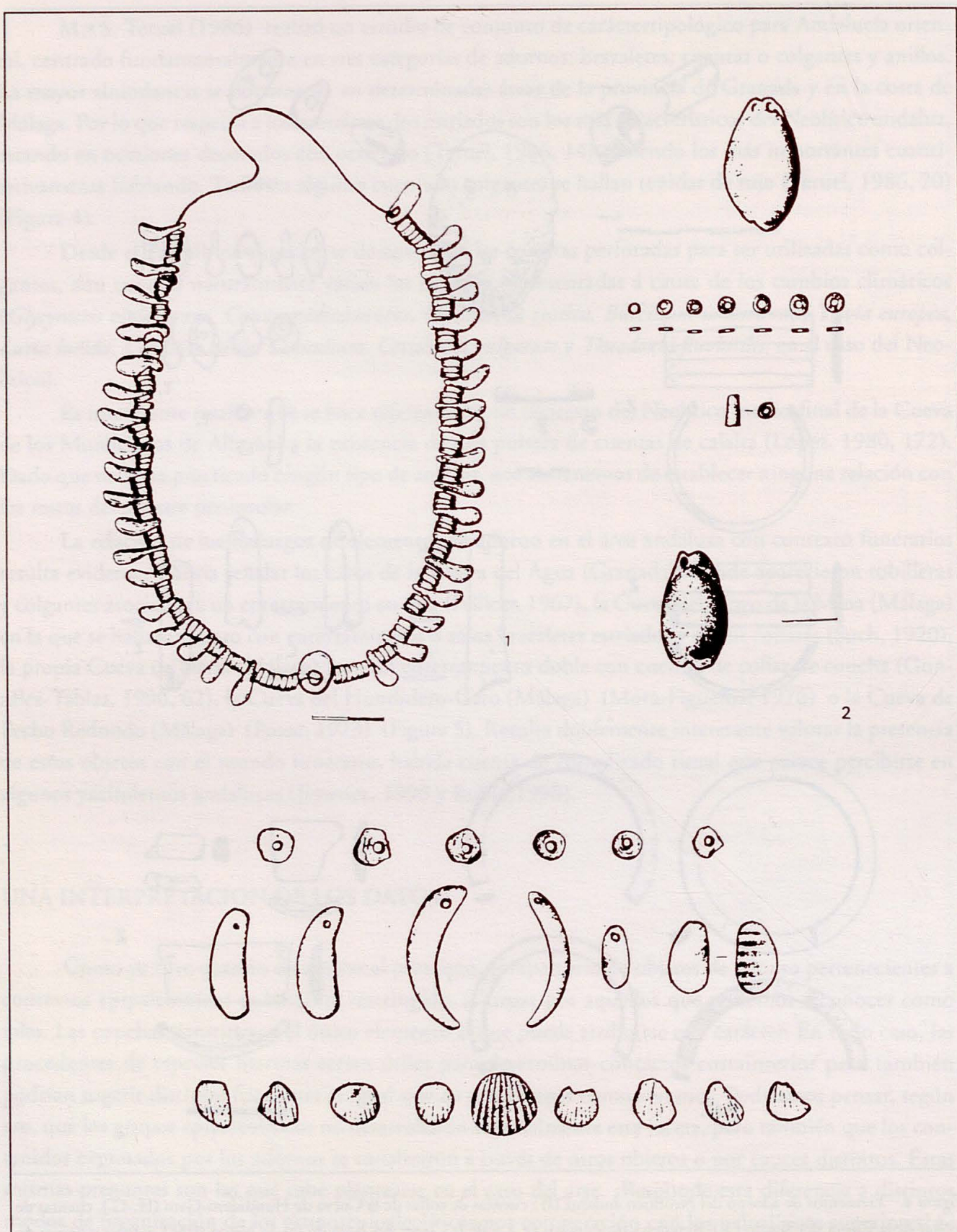


Figura 5. Elementos de adorno del Neolítico andaluz (II) : collar (1) y cuentas de distinto tipo (2) de la Cueva del Agua de Prado Nedro (Navarrete y Capel, 1979, figs. 1 y 2)

Precisamente, en el horizonte más antiguo del Neolítico de la vertiente mediterránea peninsular parece documentarse un nuevo florecimiento del adorno personal. Tradicionalmente, ésta ha sido considerada como una de las novedades que marcan claras diferencias con el equipo material precedente. Si además se acepta la llegada de poblaciones nuevas, en buena lógica, debería atribuirse su aparición a las mismas.

Sin embargo, también en este caso, deberíamos de poder constatar la dualidad presencia/ausencia de los objetos de adorno en unos u otros yacimientos y, en especial, si partimos de hipótesis como la expuesta aquí basada en la función de los mismos. En un primer acercamiento al tema no parece que ello sea posible. La sobrerrepresentación de Or y Sarsa en algunos estudios no la justifica, puesto que sería preciso investigar igualmente a fondo el resto.

Pero veamos algunas consideraciones sobre la evolución de estos objetos. Parece poderse señalar la existencia de unos cuantos elementos comunes en todas las áreas del Neolítico de la cerámica impresa cardial: colgantes (conchas y piezas dentarias perforadas), cuentas decollar o pulseras (conchas perforadas de menor tamaño, cuentas discoidales de hueso, concha y piedra), anillos (en hueso o concha), así como brazaletes o tobilleras (?) (en concha y distintas piedras). Este sería el repertorio que aparece en el registro arqueológico clasificado atendiendo a sus posibles usos.

Sin embargo, las conchas perforadas, comunes desde el Paleolítico superior, se hallan en cualquier momento aún en los posteriores al Neolítico, pudiendo haber sido elegidas simplemente por su forma y color. Una persistencia semejante se observa en las piezas dentarias que, en ocasiones, se imitan en otras materias primas. Este fenómeno se constata también en el Auriñaciense (White, 1993). Evidentemente, tanto unos como otros elementos parecen los menos costosos de adquirir, sin que ello quiera decir que se hallen desprovistos de simbolismo, lo que explicaría su continuidad y, en ocasiones, su abundancia (sobre todo en el caso de las conchas). La relación de estas últimas con contenidos mágicos, rituales y económicos es sobradamente conocida, pudiendo hallarse incluidas en el último caso en sistemas de equivalencia perfectamente establecidos como el existente entre los grupos de las islas del Almirantazgo, marcado por la oferta y la demanda (Sahlins, 1977, 306), o entre los de las islas Rossel para quienes lo comercial no constituye la única explicación en el empleo de esta clase de "dinero" (Harris, 1985, 253). El uso como moneda de algunas de ellas se atestigua en distintos lugares (*Cypraea moneta* entre determinados grupos de las costas del Pacífico y de África y *Dentalium* entre los indios de California) (Hoebel, 1973, 434 y Harris, 1985, 241). Sin embargo, la existencia de valores de cambio (hachas, cabezas de ganado, etc.) y de mercados raramente se encuentran fuera de sociedades con sistemas de gobierno más o menos estatales o, como mínimo, de jefaturas.

Cabría sugerir que las cuentas discoidales podrían no entrañar una excesiva dificultad de fabricación, razón por la cual se produciría su repetición sobre distinto soporte y su perduración aún cuando se fabriquen otras de distinto tipo. Sin embargo, la experimentación sobre las técnicas empleadas en la manufactura de las de *Cardium* plantea dudas por lo que se refiere a esta supuesta facilidad, dadas la pronunciada curvatura de la concha, la dureza de la misma y a la vez la fragilidad creciente al acercarse al final del proceso (comunicación verbal de la Dra. Carmen Gutiérrez).

A simple vista, parece claro que la gama de adornos hallada en el área valenciana es mucho más amplia y su volumen mayor, incluso teniendo en cuenta todas las circunstancias expuestas. Podríamos destacar la diversificación de materias primas para elaborar los mismos tipos de objetos, lo que incluiría,

aunque escasamente, la cerámica para la realización de colgantes. Únicamente en esta zona y para el Neolítico antiguo se puede suponer la existencia de una cierta especialización o incluso de talleres de fabricación de brazaletes de piedra como ha sugerido Martí basándose en su tamaño y fabricación más o menos estandarizados. En este sentido, resulta de especial interés un dato recientemente publicado (Orozco, 1984, 58), sobre la procedencia del esquisto de grano muy fino en el que se han elaborado buena parte de los brazaletes citados. Su área fuente no se halla en la zona valenciana, aún cuando de todos modos ésta no se haya podido determinar con exactitud, lo que contrasta con la fabricación de otros en rocas sedimentarias de origen local. Por tanto, faltaría por determinar talleres y áreas de aprovisionamiento que, en principio, podrían atestiguar relaciones o contactos con otras zonas peninsulares.

Con respecto al menor volumen de adornos y tipos hallados en la región catalana y desde luego en la aragonesa, dentro siempre de unos elementos comunes, sería necesario recordar el número desigual de yacimientos estudiados en cada área, la distinta profundidad de cada estudio, la extensión excavada en cada uno de ellos y también el número de ejemplares hallados de cada tipo, por tratarse de datos y circunstancias que limitan sobremanera las conclusiones que pretendan extraerse, imposibilitando en otros casos la contrastación. Afortunadamente, se están iniciando trabajos planteados en mayor profundidad que esperamos puedan subsanar este tipo de carencias.

Algunos de los elementos (anillos, cuentas, brazaletes o conchas perforadas) tienen sus paralelos en yacimientos de cerámica impresa cardial extrapeninsulares (principalmente franceses), pero aparentemente la variación ornamental puede no estar tan diversificada como en la Península.

La impresión que proporcionan estos datos es la de que en el ámbito de las cerámicas impresas cardiales tienen lugar una serie de contactos a nivel local que podríamos calificar de habituales, entre grupos afines, semejantes en cuanto a equipo material y organización social. Recientes análisis cerámicos llevados a cabo sobre vasijas con decoración impresa cardial e impresa de otro tipo procedentes de yacimientos situados en el sureste francés (Barnett, 1990), han permitido determinar una serie de áreas de producción desde donde llegarían a distancias de hasta 70 km. Partiendo de la consideración general de que estas primeras vasijas tienen un carácter no utilitario, se señala su transporte en ciclos estacionales como elementos de relieve social que servirían para ser depositados como ofrenda en enterramientos, por ejemplo. Si las cerámicas producidas localmente componen una unidad decorativa en cada yacimiento, considerando éste a su vez como una unidad social, el intercambio de vasijas con decoración similar podría suponer la formación de alianzas locales. El practicado a larga distancia con cerámicas muy uniformes podría sugerir la presencia de una red de prestigio entre grupos (Barnett, 1990, 864). La similitud tecnológica de la cerámica del Neolítico antiguo reforzaría, por otra parte, la idea de una red de información asociada a ella.

Los movimientos a pequeña escala estarían solapados por los existentes a mayor distancia que servirían para proporcionar materias más restringidas (obsidiana y hachas pulimentadas). Los alimentos habrían constituido el grueso del intercambio local.

¿Podrían incluirse en redes semejantes los objetos de adorno personal? Tal como expusimos en nuestra visión de los contactos entre grupos de similar economía y asentamiento entre otros aspectos, como los del Neolítico antiguo, no resultaría nada extraño un intercambio en régimen de reciprocidad como expresión de "necesidades" sociales y no solo alimenticias (Rubio, 1989), aún cuando ambas pudieran estar ligadas en un momento dado. Esta afinidad de los grupos relacionados se traduciría en adornos asimismo semejantes.

Uno de los fragmentos cerámicos cardiales hallado en la Balma Margineda (Andorra), yacimiento contemplado en el estudio antes citado (Barnett, 1990), no tiene origen local, ni tampoco en ninguna de las áreas determinadas por el estudio petrográfico, por lo que se ha sugerido su llegada a partir de algún yacimiento español. Los estudios cerámicos existentes en la Península han venido señalando fabricaciones locales, por lo que de momento es imposible probar movimientos más amplios (Gallart, 1980 y Gallart y Lopez, 1988). No obstante podría suponerse su llegada a partir de la zona catalana. En ésta los estudios llevados a cabo sobre útiles de piedra pulimentada (Orozco, 1994, 55-56) señalarían procedencias no lejanas a falta de determinar las fuentes de origen con exactitud. Pero si las conchas marinas pueden sugerir contactos o relaciones con la costa, sea su aprovechamiento como colgantes subsidiario o no del alimenticio, igualmente sería posible pensar en la circulación de cerámicas.

El área valenciana plantea la posibilidad ya citada de especialización y eventual distribución de brazaletes de piedra, dividida aparentemente en dos categorías: una resultado de producciones locales y otra dependiente de la importación de la materia prima. Este hecho se enmarcaría en la progresiva diversificación de manufacturas artesanas que se constata en general entre los grupos neolíticos no solo peninsulares y que propicia una creciente diferenciación en la sociedad. Diferenciación que en algunos de ellos desembocará en estructuras sociales más complejas, con la aparición de especialistas a tiempo completo. La causa última, en cambio, de la diversidad de adornos que se atestigua sobre todo en Or y Sarsa se nos escapa, si no podemos delimitar su presencia y distribución en otros yacimientos. Si resulta ser exclusiva de éstos (lo que no parece probable), habría que pensar en un especial carácter de los mismos. Siguiendo este mismo razonamiento, podríamos poner en relación esta cuestión con la aparición de cerámicas cardiales con motivos antropomorfos atestiguadas en Or y en menor grado en algún otro yacimiento del área valenciana. Sin embargo, el hallazgo en la Cueva de Chaves de motivos de este tipo (Baldellou, 1988) amplía el área de distribución de los mismos. De nuevo, cabría pensar en una relación entre grupos y, en todo caso, en un simbolismo compartido, expresión de estos mismos lazos sociales.

La evidencia pues de esos contactos mantenidos dentro del mismo ámbito cultural se halla en objetos no utilitarios (los análisis cerámicos han confirmado que las cardiales no pueden ser usadas como recipientes de uso culinario) (Gallart, 1980), pero desconocemos si este intercambio se entrecruza con el de productos de primera necesidad.

La evolución del primer horizonte neolítico conserva parte de esas características (evolución similar de las técnicas decorativas en una amplia zona), pero, por otro lado, se inicia ya una regionalización visible en las facies cerámicas (área catalana) y en otros aspectos, el adorno entre ellos.

Esta diversificación centrada en las cuentas de collar, fundamentalmente, tendría un buen exponente en los dos yacimientos catalanes citados anteriormente (Els Lladres y Les Animes). El segundo de ellos parece haber sido sobre todo un taller de fabricación por lo que la acumulación de objetos se explica por sí sola. Sin embargo, para conocer el alcance de esta producción sería necesario determinar el área de distribución de los tipos más específicos como la cuenta que toma su nombre del de la cueva.

Els Lladres muestra la asociación de estos elementos incluso, en número elevado, a un contexto funerario, lo que no siempre podemos constatar en el Neolítico antiguo. Este ajuar u ofrenda implicaría ya una cierta diferenciación patente en sí mismo y en el elevado número de cuentas. Pero hay un dato que refuerza especialmente dicha interpretación: la aparición de variscita procedente de Can Tintorer. Su presencia nos plantea la entrada de algunos grupos en el circuito comercial iniciado por la gente de los

sepulcros de fosa, lo que implicaría traspasar límites sociales y la adquisición de objetos valiosos, hecho que igualmente puede constatar en la Cueva del Moro fuera también de la órbita cultural del grupo catalán. El yacimiento oscense muestra, además, la relación de intercambio entre grupos neolíticos pertenecientes a horizontes culturales diversos en la misma Península, prueba de la distinta evolución que experimentan algunas zonas en principio supuestamente relacionadas. Como testimonio de cambios sociales (y sobre todo económicos) podría interpretarse también la utilización como almacén de la Cueva 120 entre otras a finales del Neolítico antiguo (Agustí et alii, 1987). A. Martí (1992, 216) sugiere que además de las cuevas almacén de principios del IV.º milenio algunas de las fosas excavadas al aire libre podrían haber servido igualmente para almacenar o contener. Este dato lo mismo que el de la supuesta estabulación de ovicápridos en la Cueva de Les Cendres (Valencia) (Martí, 1992, 235) implicarían la existencia de un excedente y el arraigo a un territorio que evidentemente modifica la organización social al reducir la movilidad. Posiblemente los elementos de adorno citados podrían contemplarse ya, bien como auténticos productos que son intercambiados o adquiridos con fines puramente económicos y no tanto sociales (como la plasmación de alianzas o para reforzar lazos), bien como expresión de la modificación de estos últimos (diferentes status, por ejemplo).

Asimismo en el área aragonesa parece producirse un incremento del adorno. Sin embargo, las circunstancias en que se han producido los hallazgos no permiten extraer demasiadas conclusiones. Por un lado, aparentemente se percibe este aumento, pero por otro no es posible detectar una diversificación importante del mismo (cuentas discoidales en distinta materia prima). El carácter sepulcral de algunos de estos hallazgos coincidiría con lo anteriormente documentado para el área catalana. ¿Estaríamos ante un intercambio de adornos seleccionado, reducido exclusivamente a ciertos tipos? La aparición en ajuares funerarios implicaría ya un cambio en su primitiva función como diferenciadores sociales, o mejor como distintivos del grupo para pasar a constituir el reflejo de un cierto status individual como en el caso anterior?

En el área valenciana quizá resulta menos visible esta regionalización en cuanto a la cerámica y el resto del equipo material, pero, en cambio, se observa una drástica reducción del elemento de adorno del que se mantienen escasos tipos que van desapareciendo paulatinamente como es el caso de los brazaletes tan importantes en un primer momento. Suponiendo que este hecho no se deba al desigual estudio de los yacimientos, ¿podría ponerse en relación esta circunstancia con la desaparición de determinados útiles de hueso (cucharas) que Martí sugiere podrían haber sido reemplazadas por otras de madera? (Martí, 1987, 96) ¿Cabría pensar igualmente en una elección de otras materias primas más perecederas para la elaboración de elementos de adorno? O bien ¿tendríamos que buscar la explicación, de nuevo, en cuestiones relacionadas con las estructuras sociales? Si es así podríamos suponer también una ruptura de las primitivas relaciones entre grupos y, asimismo en esta zona, una clara estabilidad económica y una explotación más efectiva de la región que derivaría en una reducción de la movilidad y en una adaptación plenamente conseguida. Por ello, los contactos anteriores que pudieran suponer una mayor seguridad frente a épocas desfavorables ya no serían tan necesarios. Esta nueva situación se plasmaría aquí de forma diversa a la de otras áreas. Con todas las reservas que impone por su mismo carácter el arte rupestre, cabría recordar que las representaciones humanas presentes en el arte levantino parecen ser portadoras de adornos y tocados que estarían en franca contradicción con esa rarefacción señalada en el registro arqueológico de este momento preciso.

La regionalización visible en la cerámica neolítica postcardial de la Península y no solo de la misma supondría, como ya hemos señalado, la ruptura de los lazos originales que unían a los primeros grupos de agricultores y que, una vez incorporados plenamente a la economía de producción adoptan nuevas soluciones de carácter económico y, por tanto, establecen vínculos nuevos en función de otras necesidades, condicionados sobre todo por el arraigo a un territorio concreto. Por esta razón esos primeros elementos de intercambio o caracterizadores de los diversos grupos pueden desaparecer o cambiar en función de esa atomización observada en ciertos aspectos.

Con todo, la configuración de grupos con una entidad más marcada y con estructuras sociales más complejas parece producirse en un momento aún más avanzado. Es el caso de los sepulcros de fosa catalanes. El desarrollo de tareas de extracción, de manufactura y la posterior distribución de los productos indicarían ya la existencia de una verdadera red comercial, como por ejemplo la que se ha podido constatar en el Mediterráneo central desde momentos anteriores para la obsidiana, si bien de menor envergadura. En este caso, parece tratarse ya de objetos de valor (diferencias entre ajuares, presencia o ausencia de variscita, distinto número de cuentas, etc.), que distinguirían a un sector de la población. La diversidad observada también en las sepulturas infantiles refuerzan la impresión de diferencias sociales que vendrían igualmente señaladas por los propios enterramientos (cistas, megalitos, etc.). El ámbito de los vivos, esto es el hábitat especialmente al aire libre, no nos es suficientemente conocido como para establecer comparaciones sobre el esfuerzo invertido en uno u otro dominio. El alcance de este comercio se nos escapa, a falta de practicar análisis sobre materiales foráneos a la zona de difusión de la cultura citada o incluso extrapeninsulares. Sin embargo, la utilización del sílex melado de Provenza nos habla de contactos a larga distancia, como también la presencia de cerámicas de la cultura de Chassey. Llama la atención, sin embargo, la escasa presencia de obsidiana (un único núcleo), estando relacionados, antes y en ese momento, con grupos que la conocen sobradamente. Ya hemos planteado con anterioridad esta cuestión en el marco de la interpretación de otros datos del registro material (Rubio, 1989). ¿Se trataba de un producto excesivamente costoso a causa de la distancia de las fuentes de origen, sobre todo después de la ruptura de lazos más estrechos que hemos sugerido? En todo caso, la presencia de este núcleo indicaría el conocimiento de esta materia prima y también la falta de interés por ella o la dificultad de su adquisición.

Con posterioridad, este entramado comercial desaparece, de la misma manera que se reduce drásticamente la utilización del sílex foráneo (Martín, 1992, 391), y los elementos de adorno son distintos y están fabricados en otras materias primas (esteatita). Si la desaparición de estos productos no se debe al agotamiento de Can Tintorer (como no parece), habría que pensar en una reorganización de estos grupos que se hallan en el tránsito al metal y en un contacto no suficientemente clarificado con el megalitismo, tanto desde el punto de vista económico como en el de las estructuras sociales. Sin embargo, sería preciso deslindar sincronismos entre sepulcros de fosa, otros tipos de enterramiento e incluso grupos culturales distintos para tener una visión adecuada del problema. Las dataciones de C14 nos sugieren la coexistencia de al menos parte de algunos de ellos y en ese panorama diversificado podrían haber jugado un importante papel los objetos de adorno.

El área valenciana no produce en momentos semejantes esa misma impresión de complejidad social que ofrecen los datos que acabamos de señalar.

La variación es visible en las cerámicas (posible función utilitaria), pero no en otras cuestiones que únicamente se evidencian a finales del Neolítico o incluso más tarde: nuevos adornos en el Eneolítico,

cambios en la industria lítica y también en el asentamiento (Corral y Rubio, 1988). ¿Podría trasladarse todo el contenido de carácter simbólico al arte rupestre que se está desarrollando en la zona? ¿Debemos buscar allí los elementos que proporcionan cohesión a estos grupos? Recordemos la cercanía de la Cova Fosca (Castellón) al Cingle de la Gasulla, por ejemplo (Olaria, 1988, 32). En cualquier caso, parece que los grupos posteriores al horizonte cardial evolucionan de forma distinta en las diversas áreas y, en este caso concreto, con una apariencia de uniformidad bastante notable.

Por lo que respecta al área andaluza, lo mismo desde el punto de vista de la cerámica que desde el del conjunto del equipo material, existe una diversidad importante y una regionalización desde el primer momento. La presencia de cerámicas cardiales con una distribución restringida se ha interpretado siempre como una introducción a partir del foco levantino, lo mismo que las impresas no cardiales de los yacimientos de Jaén. Sin embargo, en esta misma zona oriental de Andalucía hallamos la cerámica a la almagra, característica de la región. Por otro lado, el Neolítico que se delimita en el occidente andaluz estaría más en relación con los poblados portugueses del Alentejo. Es evidente que con el área levantina hay una banda de contacto que se traduciría en la presencia de algunas almagras en la primera. Desde luego, la propia cerámica podría considerarse como la expresión de esos lazos entre grupos vecinos, tal como ha señalado Vicent, en el contexto de la explicación que él ofrece para las decoraciones cardiales. En ese caso, los elementos de adorno pueden reforzar o no esta misma estructura. Algunos de los objetos que aparecen al inicio podrían ser comunes, pero no son especialmente abundantes. Sin embargo, los brazaletes, particularmente los anchos con estrías podrían calificarse como el elemento distintivo de la zona, asociado a la cerámica a la almagra. ¿Tendrían alguna relación con éstos los escasos estriados del área valenciana? Únicamente un estudio petrográfico como los que se están llevando a cabo podría solventar la cuestión de una eventual difusión de elementos concretos a más larga distancia.

Pero es realmente en los horizontes neolíticos medios y finales cuando se constata una diversificación de los objetos de adorno, especialmente de las cuentas de collar de piedra (¿variscita en algún caso?), cuyo carácter funerario resulta evidente en bastantes yacimientos. La evolución del Neolítico en Andalucía oriental es un tanto problemática, ya que la cerámica a la almagra tiene una larga perduración hasta momentos neolíticos y la ausencia de estratigrafías en muchos casos no permite delimitar con exactitud la pertenencia de los enterramientos en cuevas a un momento concreto. Los estudios sobre materias primas realizados no han permitido determinar por el momento la existencia de intercambios, por lo que nuestras conclusiones sobre el área han de ser forzosamente exiguas a la espera de datos más seguros.

Los planteamientos que acabamos de exponer deberán ser contrastados con un exámen más detenido del registro arqueológico. Sin duda alguna, la aplicación de análisis representa un papel crucial en el desarrollo de determinadas interpretaciones y teorías. Los realizados hasta el momento han permitido ampliar nuestro horizonte en este sentido, así como sugerir cuestiones nuevas. Sin embargo, la explicación de la presencia del adorno como fruto de una moda impuesta en un determinado momento o simplemente como la expresión de un deseo de mejora del aspecto personal resultan, aún en la sociedad actual, insuficientes. Deliberadamente no hemos abordado en esta ocasión otras posibilidades ofrecidas por los objetos de adorno más relacionadas con el mundo mágico, religioso o ritual, consciente de las dificultades de interpretación que en este sentido ofrecen los restos materiales del pasado. No obstante, la contrastación con lo conocido en sociedades vivientes más tradicionales o primitivas podría permitir un acercamiento a un tema que, en todo caso, tampoco hubiera sido posible acometer junto en un solo

artículo junto con los planteamientos ya desarrollados. Queda abierta por ello la cuestión para futura ocasión. En resumen, a nuestro juicio, un enfoque como el expuesto puede proporcionar una visión más completa de estos objetos, teniendo en cuenta igualmente los aspectos tecnológicos (experimentación incluida) y tipológicos que, en este caso, resultan esenciales para basar determinadas afirmaciones, adquiriendo su verdadero relieve en todo caso al integrarlos en un contexto más amplio como es la sociedad que los produce.

BIBLIOGRAFIA

- AGUSTÍ, B., 1987: *Dinámica de la utilització de la cova 120 per l'home en els darrers 6.000 anys*, Gerona.
- APARICIO, J., 1982: "La neolitización y el neolítico en Valencia (España)", *Le Néolithique ancien méditerranéen*, (Montpellier, 1981), 81-106.
- BALDELLOU, V., 1988: "Algunas reflexiones sobre el arte rupestre a través de dos fragmentos impresos de la Cueva de Chaves (Huesca)", *Espacio, Tiempo y Forma*, S. I, Prehistoria, t. 1, 253-267.
- *et alii*, 1989: *El Neolítico antiguo (Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia)*, Diputación de Huesca.
- BARANDIARÁN, I., y CAVA, A., 1992: "Caractéres industriales del Epipaleolítico y Neolítico en Aragón: su referencia a los yacimientos levantinos", *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, Homenaje a J. Maluquer*, Zaragoza, 181-196.
- BARNETT, W. K., 1990: "Small-scale transport of early Neolithic pottery in the West Mediterranean", *Antiquity*, 64, 859-865.
- BERNABÉU, J., 1979: "Los elementos de adorno en el Eneolítico valenciano", *Saguntum*, 14, 109-126.
- CASTRO, L., 1989-1990: "Sobre la función simbólica del adorno", *Brigantium*, 6, La Coruña, 93-99.
- CORRAL, M., y RUBIO, I., 1988: "El asentamiento humano como indicador del cambio cultural. El caso de la región valenciana", *CuPAUAM*, 15, Madrid, 11-35.
- CHANTRET, F.; GUILAINE, J., y GUILLEMONT, A., 1970: "Les perles de callaïs, analyses des specimens du midi de la France", *Pyrenae*, 6, Barcelona, 29-37.
- EDO, M.; VILLALBA, M.^a J., y BLASCO, A., 1992: "Can Tintorer, origen y distribución de minerales verdes en el noreste peninsular durante el Neolítico", *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, Homenaje a J. Maluquer*, Zaragoza, 361-373.
- FERNÁNDEZ, A., y PÉREZ, E., 1988: "Los objetos de adorno en "piedras verdes" de la península Ibérica", *Espacio, Tiempo y Forma*, s. I, Prehistoria, t. 1, Madrid, 239-252.
- FLETCHER, D., 1956: "La doble faceta del neolítico hispano-mauritano en la región valenciana", *Congr. Int. de Ciencias Pre y Protohistóricas*, (Madrid, 1954), Zaragoza, 415-417.
- FORTEA, J., 1973: *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*, Salamanca.
- y MARTÍ, B., 1984-1985: "Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español", *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, 167-199.
- y JUAN, J., 1987: "La industria lítica tallada del Neolítico antiguo en la vertiente mediterránea de la Península Ibérica", *Lucentum*, VI, Alicante, 7-22.

- *et alii*, 1987: "Epipaleolítico y neolitización en la zona oriental de la Península Ibérica", GUILAINE, J., *et alii* (Dirs.): *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, C.N.R.S., 581-591.
- GALLART, M.^a D., 1980: "La tecnología de la cerámica neolítica valenciana", *Saguntum*, 15, 58-90.
- y LÓPEZ, F., 1988: "Análisis mineralógico de las cerámicas neolíticas de la Cueva de Chaves (Casbas, Huesca)", *Bolskan*, 5, Huesca, 5-26.
- GAVILÁN, B., 1987: *El Neolítico en el sur de Córdoba*, Universidad de Córdoba.
- GENSHEIMER, T. R., 1984: "The role of shell in Mesopotamia: evidence for trade exchange with Oman and the Indus valley", *Paléorient*, 10/1, 65-72.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J., 1990: "La Cueva de Nerja como santuario funerario", *Zephyrus*, XLIII, 61-64.
- HARRIS, M., 1985: *Introducción a la Antropología general*, Alianza Universidad Textos, Madrid.
- HOEBEL, A., 1973: *Antropología*, Eds. Omega, Barcelona.
- JIMÉNEZ, S. A., 1990: "Rituales funerarios neolíticos en la Alta Andalucía. Estado actual de la cuestión", *Zephyrus*, XLIII, Salamanca, 125-130.
- JORDA, J. F., 1981: "La malacofauna de la Cueva de Nerja (II): Los elementos ornamentales", *Zephyrus*, XXXIV-XXXV, Salamanca, 89-98.
- JUAN-CABANILLES, J., 1985: "El complejo epipaleolítico geométrico (facies Cocina) y sus relaciones con el neolítico antiguo", *Saguntum*, 19, 9-29.
- 1992: "La Neolitización de la vertiente mediterránea peninsular. Modelos y Problemas", *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, Homenaje a J. Maluquer*, Zaragoza, 255-268.
- LEROI-GOURHAN, A., 1971: *El gesto y la palabra*, Universidad Central de Venezuela.
- LÓPEZ, P., 1980: "Estudio de la cerámica, industria ósea y lítica de la cueva de Los Murciélagos de Albuñol (Granada)", *Trabajos de Prehistoria*, 37, 164-180.
- (Coord.), 1988: *El Neolítico en España*, Ed. Cátedra, Madrid.
- LLONGUERAS, M., 1981: "La cultura dels sepulcres de fossa del Neolític Mig-Recent de Catalunya", *El Neolític a Catalunya*, Montserrat, 161-171.
- MALINOWSKI, B., 1922: *Argonauts of the Western Pacific*, E.P. Dutton, Nueva York.
- MARCET, R., 1981: "El Neolític antic (Cardial-Epicardial) a Catalunya", *El Neolític a Catalunya*, Montserrat.
- MARTÍ, B., 1977: *Cova de l'Or (Beniarrés-Alicante)*, vol. I, S.I.P., Valencia.
- 1978: "El Neolítico valenciano", *Saguntum*, 13, 59-98.
- 1980: *Cova de l'Or (Beniarrés-Alicante)*, vol. II, S.I.P., Valencia.
- 1982: "Neolitización y Neolítico antiguo en la zona oriental de la Península Ibérica", *Le Néolithique ancien méditerranéen*, (Montpellier, 1981), 97-106.
- 1992: "Economía y medio ambiente en el Neolítico del País valenciano", *Elefantes, ciervos y ovicapriños*, Universidad de Cantabria, 229-241.
- *et alii*, 1987: *El Neolític valencià. Els primers agricultors y ramaders*, Valencia.
- MARTÍN, A., 1992: "Dinámica del Neolítico Antiguo y Medio en Cataluña", *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, Homenaje a J. Maluquer*, Zaragoza, 319-333.
- 1992: "Estrategia y culturas del Neolítico Final y Calcolítico en Cataluña", *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, Homenaje a J. Maluquer*, Zaragoza, 389-397.

- 1992: "La economía de producción a lo largo del Neolítico en Cataluña", *Elefantes, ciervos y ovicaprimos*, Universidad de Cantabria, 203-228.
- MILISAUKAS, S., 1978: *European Prehistory*, Academic Press, London.
- MORA-FIGUEROA, L. DE, 1976: "El yacimiento prehistórico de la cueva de Hundidero-Gato, Benaolán (Málaga), I Campaña", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, Prehistoria, 5, Madrid, 99-106.
- MUÑOZ, A. M.^a, 1965: *La cultura catalana de los sepulcros de fosa*, Barcelona.
- NAVARRETE, M.^a S., 1976: *La cultura de las cuevas con cerámica decorada en Andalucía oriental*, Universidad de Granada.
- y CAPEL, J., 1979: "El material no cerámico de la cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4, Granada, 111-132.
- OLARIA, C., 1977: "Un hallazgo neolítico en Vilarreal (Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 4, Castellón, 295-298.
- 1986: "Reflexiones en torno a la neolitización del país valenciano", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 12, Castellón, 7-27.
- 1988: *Cova Fosca. Un asentamiento mesoneolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo*, Castellón.
- OROZCO, T., 1994: "Explotación de recursos líticos. Aportaciones del utillaje pulimentado al Neolítico antiguo (V.º milenio a.C.) en el Mediterráneo peninsular", *Actas del 1.º Congreso de Arqueología peninsular*, vol. III, Porto, 53-62.
- PELLICER, M., 1967: "Las civilizaciones neolíticas hispanas", *Las raíces de España*, Madrid.
- PLA, J., y JUNYENT, E., 1970: "Noticia sobre el hallazgo de un vaso en la "Cova dels lladres" (Vacarisses, Barcelona)", *Pyrenae*, 6, 43-46.
- POSAC, C., 1973: "La cueva de Pecho Redondo en Marbella (Málaga)", *XII C.A.N.*, (Jaén, 1971), Zaragoza, 169-174.
- RUBIO, I., 1981-82: "Enterramientos neolíticos de la Península Ibérica", *CuPAUAM*, 7-8, Madrid, 39-73.
- 1984-1985: "En torno a la problemática del habitat al aire libre en el neolítico peninsular", *CuPAUAM*, 11-12, 153-161.
- 1989: "El Neolítico peninsular. Una interpretación de los datos arqueológicos", *CuPAUAM*, 16, Madrid, 11-41.
- 1990: "Enterramiento y ritual en el Neolítico hispano", *Zephyrus*, XLIII, Salamanca, 137-141.
- SACCHI, M. D., 1970: "A propòs de la Callais", *Atacina*, 5, Carcassone, 53.
- SAHLINS, M., 1977: *Economía de la Edad de Piedra*, Akal, Madrid.
- 1977: *Las sociedades tribales*, Ed. Lábor, Barcelona.
- SALVATIERRA, V., 1980: "Estudio del material óseo de las cuevas de la Carigüela y la Ventana (Píñar, Granada)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5, 35-80.
- SERVICE, E., 1971: *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*, Random House, Nueva York.
- SUCH, M., 1919-1920: "Avance al estudio de la covacha del Hoyo de la Mina (Málaga)", *Boletín de la Sociedad de Ciencias Malagueña*, septiembre-marzo.

- TEN, R., 1979: "Un nuevo tipo de cuenta colgante en el neolítico catalán", *XV C.A.N. (Logroño, 1977)*, 135-144.
- 1982: "El Neolítico Antiguo Epicardial en el Vallés (Barcelona) ", *Le Néolithique ancien méditerranéen*, Montpellier, 135-142.
- TERUEL, M.^a S., 1986: "Objetos de adorno en el neolítico de Andalucía oriental. Síntesis tipológica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 11, Granada, 9-26.
- TERRADAS, X., et alii, 1992: "Estudio preliminar de las ocupaciones del yacimiento al aire libre de la Font del Ros (Berga) ", *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, Homenaje a J. Maluquer*, Zaragoza, 285-296.
- VENTO, E., 1985: "Ensayo de clasificación sistemática de la industria ósea neolítica de la Cova de l'Or (Beniarrés, Alacant). Excavaciones antiguas", *Saguntum*, 19, Valencia, 31-83.
- VICENT, A. M.^a, y MUÑOZ, A. M.^a: "Segunda campaña de excavaciones. La Cueva de los Murciélagos, Zuheros (Córdoba), 1969", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 77, Madrid.
- VICENT, J. M., 1990: "El neolític: transformacions socials i econòmiques", *El canvi cultural a la Prehistòria*, Ed. Columna, Barcelona, 241-293.
- VILLALBA, M.^a J., et alii, 1986: "Les mines neolítiques de Can Tintorer (Gavà). Excavacions 1978-80", *Excavacions arqueològiques a Catalunya*, 6, Barcelona.
- WHITE, R., 1993: "El pensamiento visual en la Edad del Hielo", *Orígenes del hombre moderno*, Libros de Investigación y Ciencia, 98-105.